Las dos Razas

La Chilena y la Peruana

Ante el juicio de cien
escritores extranjeros.

POR

T. Dimitrijevich

Mencionado en el «Libro Rojo» de Austria (y por consiguiente
en el «Libro Amarillo» de Francia) como uno de los causantes de la
Gran Guerra y condenado a muerte por la Corte Marcial
de Gratz.

N.° I

Sociedad Imprenta y Litografía Universo
SANTIAGO DE CHILE

1919

Cariñosamente dedicado

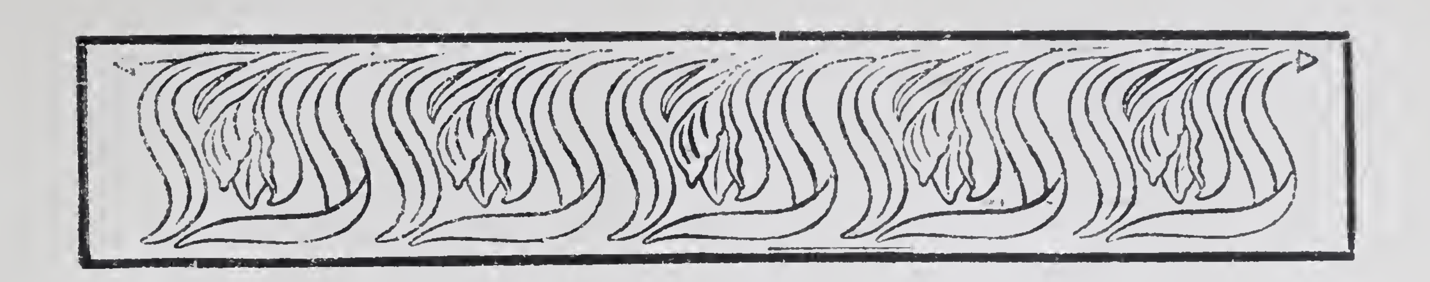
A mis Compatriotas de Temuco

Que en este país de orden y progreso encontraron su felicidad, y cuyos sentimientos hacia la justa causa chilena los entusiasmó para ayudarme a publicar esta obra.

Su agradecido y fiel compatriota.

T. Dimitrijevich.

Santiago de Chile, Abril 1919.



«Neutralidad, no indolencia».—Estas eran las primeras palabras del distinguido chileno, Don Luis Varas H., cuando me presentó en la primera conferencia en Viña del Mar (1917). Y en realidad, aunque el pueblo chileno se ha mantenido neutral con sus armas, no era indolente en sus sentimientos delante de la justa causa de los Aliados. Por esto, ahora, cuando las potencias extranjeras deben permanecer neutrales en el conflicto chileno-peruano, los hombres extranjeros, que conocen los asuntos de la América Latina, no deben dejar de dar a conocer su experiencia y opinión sobre los dos pueblos, cuyo número es casi igual, pero cuya naturaleza, cultura y civilización son completamente contrarias.

Para llegar a una conclusión justa en la cuestión chileno-peruana, además de conocer el artículo 3.º del Tratado de Ancón, es necesario analizar el alma y el corazón de estas dos naciones. Pues, un hombre no se juzga solamente por lo que ha hecho ahora, sino también por lo que ha hecho antes; a qué familia y raza pertenece, si su historia es limpia, si tiene la costumbre de quejarse por nada de sus vecinos y prójimos, etc.

Para el mundo americano, todas las naciones de los Balkanes son lo mismo; y, para el público europeo, todos los pueblos

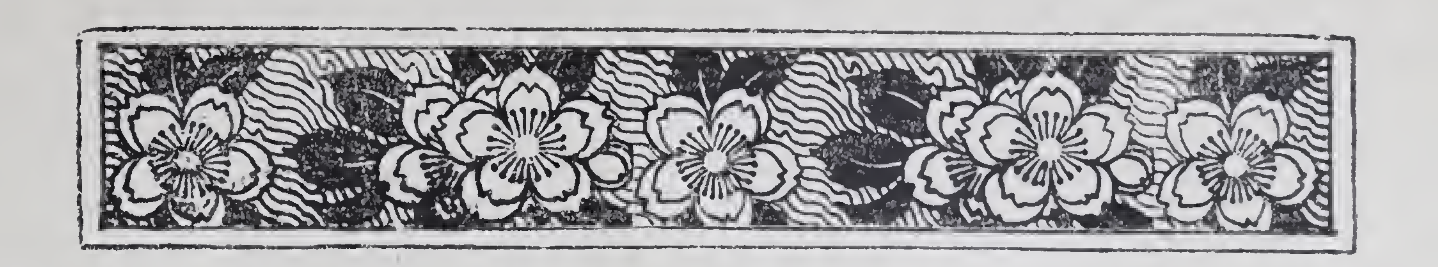
de la América Latina son iguales, y, sin embargo, hay una gran diferencia. Así, los búlgaros pasaron por eslavos, debido a su idioma eslavo, y los peruanos pasan por latinos, debido a que alguna parte de ellos hablan el castellano. En realidad, los peruanos tienen tanto de latino, como los negros de la América del Norte tienen de sajón, mediante su idioma inglés. Hay que saber que el Perú es el país indio, donde solamente el 11 por ciento son blancos, y que la historia de las revoluciones peruanas demuestra que esos blancos han sido peores que los pieles rojas. He aquí el retroceso de la civilización del Perú.

Por eso los peruanos tienen que buscar su desgracia en sí mismos y nó en los otros, pues es un hecho histórico que nadie ha recibido tantos beneficios de sus vecinos y pagado tan mal.

Como el instinto natural obliga a un sér a defender a los suyos, el patriotismo constituye un deber para la defensa de la patria, así un hombre de cultura siente la necesidad de defender, o, por lo menos, de decir la verdad, en los asuntos internacionales.

Tengo que reconocer que muchos chilenos tienen mejor opinión sobre el Perú que yo. Por consiguiente lo que yo diría, parecería exagerado. Sintiendo la necesidad moral en decir toda la verdad desnuda, sin acusar a los peruanos, ni alabar á los chilenos, doy a conocer los centenares de las opiniones extranjeras. Con este fin lanzo el primer número sobre el asunto.





LOS ARAUCANOS

> La única raza en el mundo que nunca ha sido conquistada por las armas.

«Los aborígenes de Chile son de complexión mucho más blanca que los otros sus vecinos; la tribu de boroanos es un poco más morena o nada que los europeos. Los hombres son altos, bravos, y vigorosos, de iembros extremadamente musculosos, sus caras son ovaladas, sus rostros son rústicos, pero sin apariencia de estupidez o torpeza. Tienen ojos brillantes y pelo negro».—(The Indian Races of North and South America, por Charles de Wolf-Brownell, pág. 574; Boston 1854).

«Los araucanos son muy diferentes de los pieles rojas de la América del Norte y son la tribu india más hermosa que se ha conservado en su pureza en las provincias del Sur de Chile.» (Au Chili, por M. J. de Cordemoy).

«Los indios araucanos son de fisonomía inteligente, bien formados y de estatura media. Tienen el pelo rígido y los ojos peculiares de las razas indias. Son de tez ligeramente cobriza, van erguidos y miran cara a cara». (Historia de Chile, por Anson Uriel Hancock, pág. 379).

«Los araucanos son hijos mayores de la familia chilena. Nadie ha podido conquistar a ese pueblo; es el único en las dos Américas que ha podido salvar su libertad usando la fuerza

contra la fuerza». (L'Univers, por M. César Famin, consul de France à Lisbonne etc., pág. 12; Paris MDCCCLVI).

«Los araucanos habitantes del Sur, se distinguen por sus formas atléticas y sus facciones regulares y agradables, y sobre todo por su bravura y amor patrio». (Curso de Geografía, por E. Gortambert, pág. 948; Paris, 1873).

«Los españoles al marchar a Arauco encontraron una raza de hombres que no siguieron los ejemplos de otras naciones, y se irguieron inmediatamente ante el europeo.

«Los que estén al corriente de la historia de esta nación no se extrañarán de ella y para el pequeño número de mis lectores que pueda estar ignorante de su existencia, será sumamente interesante saber que existe todavía un país en el nuevo mundo, que nunca ha sido conquistado por los españoles. Este hecho histórico ha sido celebrado por don Alonso de Ercilla en un poema llamado «La Araucana». (Travels in South America during the years 1819-20-21; by Alexander Caldeleugh).

«Viendo los araucanos las cadenas que les preparaban los españoles, tomaron sus arcos, llenaron sus carcaces, empuñaron las macanas y juraron morir antes de ser esclavos. Vencieron a sus enemigos en batallas ordenadas, les mataron sus generales, les destruyeron sus fuertes, y no depusieron sus armas sino por treguas; en una palabra los conquistadores de toda la América tuvieron que capitular con los toquis de Arauco, y miraron con más respeto a Caupolicán, Lautaro y otros jefes, que Cortés y Pizarro habían hecho con Moctezuna y los Incas». (Curso Completo de Geografía Universal, por M. A. Letronne, pág. 849; Madrid, 1845).

«Valdivia no conquistaría para el Rey de España, con cuatro gatos y a sombrerazos, el territorio de Chile. La gracia de Pizarro en el Perú no iba a repetirse en Chile. Los indios araucanos se levantaron con indomable coraje.

«Valdivia había hecho prisionero a un indio llamado Lautaro, a quien ocupó en cuidar sus caballos. Este indio estudió el carácter de los invasores, y sus modos de combatir. Escapando de su esclavitud fué a reunirse con los araucanos.

«El cacique Caupolicán se batía mientras tanto como un hé-

roe, Lautaro sugirió la manera de organizar los combatientes, y sus enseñanzas fueron desastrosas para el adversario. Lautaro derrotó a los invasores, capturó la ciudad de Concepción y la incendió». (El Ejército de Chile, por Gerardo Zúñiga Montúfar, Mayor del Ejército de Costa Rica, pág. 51).

«Según Molina, Valdivia declaró que nunca había contemplado mayor valor y firmeza que la desplegada por los araucanos». (Travels in South America during the years 1819-20-21; by Alexander Caldeleugh, Esq. London, MDCCCXXV).

«La guerra contra los araucanos costó a España más hombres que la conquista de México y el Perú, y sin embargo todos los guerreros de la Araucanía no eran tan numerosos como el ejército del Inca. También los españoles rinden homenaje a sus adversarios y el mejor poema inspirado por la epopeya del descubrimiento y la conquista, es *La Araucana*, de Alonso de Ercilla, uno de los combatientes». (Nouvelle Geographie, por Elisée Reclus, Tomo, XVIII, p. 759).

«Lautaro, refiere el historiador, puesto en un alto, cerca de Concepción, se puso a ver las llamas y blandiendo la lanza y dando saltos de contento exclamaba: «Yo soy Lautaro, que acabé con los españoles, yo soy el que los derroté en Tucapel y en la Cuesta, yo maté a Valdivia y a Villagrán puse en huida, yo les maté sus soldados, yo quemé la ciudad de Concepción». Y a cada alabanza daba un salto, blandía la lanza y escaramuceaba tirando lanzadas».

«Los araucanos eran hombres de valor y carácter sin igual. Los actos de heroísmo a lo Mucio Scévola eran ejecutados frecuentemente con asombro de los conquistadores los cuales empero, no fueron por esto más humanos.

«Leed la historia de la Araucanía y escuchad los cantos del capitán Ercilla. Así se explica, no embargante su inferioridad de elementos y sus bregas con la naturaleza, se alzó altivo, descendió raudo como el águila y destrozó al adversario.

«Caupolican, hecho prisionero en un combate, condenado a morir empalado, subió al tablado, desnudo, descalzo y cargado de cadenas. Refiere el historiador: «Puesto en lo más alto volviendo a un lado y otro la serena frente para mirar a la

multitud allí reunida, estuvo largo rato tranquilo, silencioso, como si meditara en su infortunio y en el porvenir de su pueblo. Acercóse el verdugo que era un esclavo africano, Caupolicán, indignado al ver que un negro iba a poner las manos sobre el, tuvo un arranque de ira y exclamó:

«¿Cómo, qué? en cristianidad y pecho honrado
Cabe cosa tan fuera de medida
Que a un hombre como yo tan señalado,
Le dé muerte una mano así tan abatida?
¿No hubiera alguna espada aquí de cuantas
Contra mí se arrancaron a porfía,
Que usadas a nuestras míseras gargantas
Cercenara de un golpe aquesta mía?»

«Y diciendo esto, alzó el pié, como si nó sintiese el peso de sus cadenas, e hizo rodar al negro por el suelo.

«Puesto sobre la punta de la estaca Caupolicán soportó sin muestras de dolor su cruel suplicio:

«No el aguzado palo penetrante
Por más que las entrañas le rompiese
Barrenándole el cuerpo, fué bastante
Aquel el dolor intenso se rindiese:
Que con sereno término y semblante
Sin que labio ni ceja retorciese,
Sosegado quedó de la manera
Que si asentado en tálamo estuviera.»

«Era para el honor de los araucanos desdoroso el quejarse. Por eso, este habitante augusto de las selvas, jamás se quejó de sus tormentos.

«Refiere el capitán Ercilla que el indio Galvarino fué condenado a la mutilación de sus brazos y que aún el brazo derecho no había caído al suelo, cuando imperturbable alargaba al verdugo el brazo izquierdo. Condenado a morir en la horca Galvarino:

«Sin respeto ni miedo de la muerte,
Habló, mirando a todos desta suerte:
¡Oh gentes fementidas, detestables;

Indignas de las glorias deste día!
Hartad vuestras gargantas insaciables
En esta aborrecida sangre mía;
Que aunque los fieros hados variables
Trastornen la araucana monarquía,
Muertos podremos ser, mas no vencidos,
Ni los ánimos libres oprimidos».

«Fueron estos los primeros pobladores de Chile, cuya tenacidad y valor incomparables hizo pensar en un tiempo a la corona de Castilla, en abandonar su territorio, por «costoso e improductivo»!

«Así se explica ese valor araucano de que ha hecho lujoso derroche en todos los campos de batalla el soldado de Chile». (l Ejército de Chile, por Gerardo Zúñiga Montúfar, Mayor del Ejército de Costa Rica, pág. 51).

«Por regla general, los araucanos son de trato afable y leales en sus convenios. Son valerosos en la batalla, pero no crueles. Cultivan el suelo; y permanecen siempre apegados a sus tierras. Guardan sumisión a sus toquis, leyes y costumbres y son cariñosos unos para otros y para sus animales. El caballo de un araucano quiere a su amo y le sigue como un cordero. Son hospitalarios; no tienen nada de pérfidos. Hospitalariamente recibieron a los españoles cuando visitaron por primera vez el país, y, no se volvieron contra ellos sino cuando vieron que habían ido como invasores. Dícese que aquel a quien el toqui da la mano de amigo puede viajar seguro por los territorios indios, mientras el viajero se conduzca como debe, no correrá más peligros que si viajase entre sus propios compatriotas.

«Usan como prenda exterior el poncho, se ajustan a la cintura una manta que cae hasta más abajo de la rodilla como una falda corta, y se atan a la cabeza un pañuelo rojo. No tienen barbas y llevan cortado el pelo por debajo de la oreja. Las mujeres usan el poncho doblado a manera de chal, y un vestido de paño azul. Llevan trenzado el pelo, negro como el azabache, alrededor de la cabeza, y se adornan las trenzas con sartas de cuentas. Gastan grandes pendientes de plata, a menudo dos o tres pares a la vez, y collares de cuentas o de cuero con ador-

nos de plata. Van descalzos y se prenden los ponchos con adornos de plata. Las mujeres tejen y hacen sus vestidos y los de los hombres». (*Historia de Chile,* por Anson Uriel Hancock, pág. 379).

«Los araucanos son buenos jinetes y durante sus corridas parecen formar parte del caballo que montan. Su destreza con el lazo es admirable; y es maravilloso ver la facilidad con que eligen cualquier animal, lo separan de sus compañeros y lo lacean; pero a veces un caballo corredor aleccionado por la experiencia, destraba sus maniobras y los lleva en furiosa carrera por el llano». (The Araucanians, by Edmond Reuel Smith, New York, 1855).

«Por regla general, el carácter medio de todas las naciones descubiertas en el nuevo mundo, dado por los viajeros, es muy desfavorable para ellas, bajo cualquier punto de vista, por ejemplo los mexicanos, peruanos, etc., siendo los araucanos la única excepción de esta regla» (Viajes por Sud-América durante los años 1819-20-21; por Alejandro Caldeleugh, pág. 40)

«Los araucanos, el pueblo guerrero, nunca fueron sometidos por lo españoles». (Nouvelle Geographie Methodique, por M. M. Achilli Meisas et Aug. Michelot, pág. 394; Bruxellas, 1860).

«Los indios araucanos, raza que en verdad merece el epíteto de famosa, pues fué el único pueblo indígena en el hemisferio occidental que resistió con éxito a los intrusos europeos.» (La América del Sud, por James Bryce, pág. 185).

LOS CHILENOS

«Los antecesores españoles de los chilenos actuales eran intrépidos vascos, la más ruda e indomable de las razas hispanas. Los indios de Chile constituían la más guerrera y perseverante de todas las razas americanas. De la unión de esos dos troncos por matrimonio procede la viril y progresista raza actual. Y es, en efecto, una nueva raza, porque, a no ser en el extremo Sur,

rara vez se ve un indio en Chile. La naturaleza montañosa del país y la templanza fortalecedora del clima, prestan vigor físico y moral, y los habitantes no adolecen de esa laxitud que se observa en los habitantes españoles de climas más cálidos.

«La energía física engendra la firme independencia de carácter y la propia confianza, así como la frugalidad y la laboriosidad. Depara una moral más sólida, mejores leyes, más patriotismo; conduce al arrojo y a los actos de valor. Pueblo enérgico, valiente y jovial, es a la vez hospitalario y bondadoso; pero lucha por sus derechos, y no cede un ápice en sus pretensiones.» (Historia de Chile, por Anson Uriel Hancock, pág. 371).

«Afortunadamente para el país, no hubo influencia alguna africana o de otra raza inferior, que hubiera causado la degeneración de la raza, y la mayoría de la población de Chile es de descendencia europea pura, aun cuando quedan restos de la raza primitiva en la raza actual. La nación entera es una raza definida, con los atributos de las razas gobernantes del mundo. La historia del país desde que alcanzó su independencia es una prueba del carácter de sus habitantes, que no sufren de las guerras civiles y disturbios internos que han sido causa del atraso en el progreso de los Estados vecinos; aquí se ha desarrollado una nación homogénea, con confianza en sí misma y en su destino, altamente patriota y de un gran espíritu cívico.» (Enciclopedia de la América del Sur, tomo II, pág. 800; Buenos Aires).

«Cuando se entra a Chile viniendo de la costa del Atlántico, uno tiene la impresión como si hubiera vuelto de América a Europa. Esto no solamente en la relación según la naturaleza del país sino también, según el pueblo, su carácter, costumbres, etcétera.

«El pueblo aquí es muy diferente de los otros. Esto se ve en el primer momento pisando la tierra chilena. Aquí otra vez un extranjero encuentra las miradas y palabras amigables, que encantan mucho a los europeos, pues para esto no tienen que pagar tantos y tantos pesos.» (Rund um Süd-Amerika, von V. Riesemann, pág. 43).

«El pueblo chileno en general y particularmente los campesinos, y la clase más baja de los suburbios de la ciudad nos parecían ser mucho más educados que las mismas clases de los pueblos en otros países. En sus círculos domésticos son siempre bastante decentes entre sí mismos, los niños respetuosos y atentos, y los padres prudentes y complacientes.» (Extracts from a Journal, por Captain Basil Hall, tomo I, pág. 22; Edinburgh, 1824).

«La homogeneidad de la nación chilena, esto es, la unidad del tipo nacional, es un hecho observado por todos los viajeros que han visitado el país.» (*La República de Chile,* Director en Jefe Reginald Lloyd, pág. 103).

«Volvimos a la aldea del Asiento (cerca de Coquimbo) y puedo decir que vi a todos sus habitantes, pues no sólo se asomaban a las ventanas, sino que corrían por las calles para vernos pasar, pues éramos una novedad para aquellas gentes. Los varones en Huasco son bien formados y por lo general hermosos, sus modales son francos y cordiales; las mujeres son también bellas y más blancas que las otras americanas que habíamos visto hasta entonces: sus ojos y cabellos son negros.» (*Nuevo Viajero Universal,* pág. 205; Madrid, 1861).

«Los chilenos gozan de ser llamados «los ingleses de América del Sur», y verdaderamente merecen tal nombre, no solamente por el placer de recibir nuevos inmigrantes, sino por el gran gusto de asimilación con que admiten a todos los extranjeros inmediatamente en una comunidad de derechos e intereses, y les hacen sentirse como en su casa. Todos los inmigrantes europeos, incluso los españoles, demuestran una preferencia para Valparaíso como una residencia en el Nuevo Mundo. Matrimonios entre familias chilenas y extranjeras, como también ser socio comercial de una compañía chilena es más común en Chile que en el Perú. Y mientras en otras repúblicas sudamericanas la posición de los extranjeros era crítica muchas veces, en Chile siempre sentían una absoluta seguridad, que hace un contraste en este respecto a la incomodidad de los extranjeros en Lima y en el Callao, a causa de la mala voluntad

de los peruanos. Allá, la presencia de una escuadra inglesa o francesa es apenas suficiente para calmar alarmas, mientras en Valparaíso ninguno de los comerciantes extranjeros consideraría la presencia de una fuerza extranjera tan útil como las leyes del país y la disposición del pueblo.» (*South America*, by A. Gallenga, pág. 153; London, 1880).

«En Chile no existe repugnancia y odio hacia los extranjeros como en algunos países sudamericanos, que tanto ahora como en el pasado tomó una expresión malévola.» (*Reisen durch Südamerica*, por Johann Jakob von Tschudi, tomo V, pág. 134).

«La hospitalidad y benevolencia de los chilenos hacia los extranjeros no puede ser sobrepasada (sí igualada) en cualquier parte del mundo.» (*Three years in the Pacific*, by an officer of the U. S. Navy, pág. 147).

«Hace algunos años, la presentación de un extranjero, en una familia de Valparaíso, no ofrecía ninguna dificultad; se introducía en ella, por decirlo así, sin patronaje; recibía casi siempre una amable y agradable acogida y llegaba luego a la intimidad. Aún hoy, la entrada a un salón es fácil; pero una mayor rigidez de costumbres y un mayor número de viajeros, que necesitan prudentes restricciones, han hecho más difícil la intimidad, y la hospitalidad menos banal, principalmente entre los habitantes más distinguidos de la ciudad.

«A pesar de todo, esas primitivas virtudes, que hacen tan agradable la estadía de los extranjeros en Valparaíso, se conservarán largo tiempo en el corazón de los chilenos, porque las practican sin la menor dificultad, y encuentran en esta práctica más que un deber, un verdadero placer.

«Uno de los oficiales de nuestra marina real, al cual, una estadía de varios años en las costas de Chile le habían dado derechos de vecindad en Valparaíso, tuvo a bien darse el gusto de querer introducirnos en casa de uno de los habitantes más notables del Almendral.

«Cuando entramos al salón, el dueño de la casa, que aspiraba voluptuosamente el humo de un puro, se levantó, se acercó

a nosotros, y después de escuchar nuestros nombres: pronunció con gravedad castellana, la fórmula corriente, *La casa está a la disposición de ustedes, caballeros*, fórmula que en esta ocasión tenía una aceptación enteramente diferente a la que tiene en las *quebradas*, y después de darnos la mano, volvió a tomar su asiento, echando por las narices dos columnas de humo que había permanecido cautivo desde nuestra llegada.

«La dueña de casa repitió, con una gracia encantadora, el ofrecimiento hospitalario que acababa de hacer su marido, y desde ese momento, nunca hemos entrado a esa casa sin encontrar en ella la fina acogida de los primeros días, unida, luego, al encanto de la más afectuosa cordialidad.

«El carácter poco expansivo de los hombres, no les permitía abandonar, en su trato con nosotros, cierta reserva; encontramos, por el contrario, en las señoras, una franqueza que al principio nos sorprendió, y que nos hubiera inquietado si no hubiera estado compensada por toda clase de hábiles atenciones.

«Cuando esta colonia (Chile) logró conquistar su independencia, era la más atrasada de las del nuevo mundo.» (*Revue de Deux Mondes*, 1847, vol. I, por M. Max Radiguet).

«Hasta que los dos países eran similarmente administrados, el Perú tenía una infinita ventaja sobre Chile en riqueza e importancia; tan pronto como Chile se libertó, inmediatamente ganó la superioridad.» (*Chili, Peru and Mexico*, por capitán Basil Hall, pág. 87).

«De todos los países latino americanos Chile es el que representa mejor las naciones de una república libre constitucional, y una de las principales razones es que su población es extraordinariamente homogénea y concentrada en una área relativamente pequeña.» (*La América del Sud*, por James Bryce, pág. 420).

«En Chile, la paz se conserva inalterable, a pesar de que los progresos de una política liberal, tienen mucho que exigir de sus instituciones, que no corresponden a su actualidad política.

Chile es un pueblo ilustrado y rico, que tiene la conciencia de que su constitución dista mucho de su cultura y de sus hábitos democráticos. El señor Lastarria, deplorando ese antagonismo entre el pueblo y sus instituciones, dice que la «contra revolución se halla hoy vigorosamente organizada en las instituciones a los sesenta años de emancipación». La reacción en las regiones de la política; la libertad en el pueblo.

«En Bolivia sucede todo lo contrario. Nuestras instituciones distan mucho de nuestra cultura. Somos un pueblo atrasado con instituciones políticas muy adelantadas. Poseemos hoy mismo una Constitución que nada deja que desear. Y no obstante, la paz es el modo de ser normal de Chile; y la perturbación, es el modo de ser de Bolivia.» (*Conmemoración Patriótica de la Victoria de Aroma,* celebrada en Cochabamba, el 14 de Octubre de 1876, pág. 42).

«Chile ha sabido preservarse prudentemente, desde la liberación de la dominación española, de todas las revoluciones que todavía arruinan las repúblicas vecinas.» (*Sud-Amérique,* por el Conde Charles d'Ursel, pág. 204).

«Chile es la única república en la América del Sur que no ha sufrido a causa de revoluciones, y por eso con sus finanzas, su floreciente comercio y su grande progreso, se elevó sobre las repúblicas hermanas.» (*Reisen durch Süd-America,* von Johann Jakob von Tschudi, tomo V, pág. 133).

«Chile es el único país en Sud América que puede jactarse de no haber tenido revolución en vida de ningún hombre de hoy día. En el año 1890 hubo una guerra civil, pero esta lucha difiere materialmente de las conocidas revoluciones militares de las otras repúblicas. El Presidente Balmaceda se había desavenido con el cuerpo legislativo, pretendiendo que podía imponer contribuciones sin su consentimiento, y fué vencido después de una lucha terrible en que la Armada se puso del lado del Congreso, pues el dominio del mar es de importancia en un país con un litoral tan extenso como el de Chile. Los chilenos son tan extremadamente cuidadosos de su crédito monetario que ambos, Balmaceda y sus antagonistas del Con-

greso, cada partido pretendiendo ser el Gobierno legítimo, ofrecieron a los tenedores de bonos pagarles interés sobre la misma deuda pública mientras durase la lucha.

«Al tiempo de mi visita había, además del partido conservador, cinco partidos políticos o divisiones del liberal. El Presidente había muerto repentinamente mientras viajaba por Europa, y los grupos liberales que formaban la mayoría del Congreso se reunieron para elegir un candidato que presentar como su sucesor. Las discusiones y las votaciones en sus reuniones continuaron por varias semanas, pero nunca hubo amagos de violencia; y los chilenos dijeron a sus visitantes, con orgullo justificable, que aunque había en la ciudad y en sus cercanías doce mil soldados, ningún partido temía que cualquiera otro probase pedir ayuda del ejército. Chile es también el único país sudamericano que se toma un interés tan culto en su mecanismo electoral que hace bastante tiempo ideó y adaptó un sistema de representación proporcional que parece dar satisfacción y que por cierto merece ser estudiado por investigadores científicos en otros países. Bajo este sistema presencié una elección en Santiago. El resultado era sabido con anticipación, pues había habido un arreglo entre los grupos liberales por el cual se aseguraba el triunfo de los candidatos en que habían convenido, y así había poca agitación. Todo parecía funcionar fácilmente.

«Los depósitos de guano del Perú resultaron ser un foco de daño más bien que de provecho, pues vertiendo en el Erario cantidades que excitaron la codicia de aventureros militares, aumentaron el número y la frecuencia de las revoluciones. No hay que temer tal peligro en Chile.» (*La América del Sud*, por James Bryce, págs. 167 y 178).

«Chile, por su vida política, más parece hija de Albión y no de Iberia.» (*El Ejército de Chile*, por Gerardo Zúñiga Montúfar, pág. 22).

«La república cuya individualidad se ha desarrollado más es la de Chile. Sus ciudadanos pueden ser conocidos como chilenos a la primera ojeada, de igual manera que en Europa

reconocemos inmediatamente cualquier individuo de las razas principales.» (*La América del Sud*, por James Bryce, pág. 344).

«Chile había ganado en los últimos años la reputación de ser un modelo de república en la América del Sur. Había sido una comunidad donde la ley fué respetada, Dios temido, y la paz querida, permitiendo a su pueblo el gozo de sana libertad y manejando su administración y sus finanzas de tal manera, como podía ser capaz en los tiempos más difíciles en cumplir sus compromisos, para asegurar el orden y prosperidad en el país y mantener el crédito en el exterior. Es muy natural para mirar con toda la confianza en su futuro, juzgando por su buen pasado.» (*South America*, by A. Gallenga, pág. 146; London, 1880).

«Chile ha progresado más que cualquier otro país hispano americano.» (*South America and the Pacific*, by the Hon. P. Campbell Scarlett, tomo II, pág. 57; London, 1838).

«Chile es sumamente civilizado para poder atraer al explorador, está muy lejos para tentar al excursionista, y muy europeo para llamar la atención de las masas.» Charles Wiener, 1888.

«Chile es el país más unificado y el que tiene más sentimiento nacional de todos los países hispano americanos.» (*La América del Sud*, por James Bryce, pág. 164).

«Generalmente hablando se atribuye la paz y prosperidad que reina en Chile al buen sentido que caracteriza a sus hijos.» (*Destinos de Bolivia*, por José Vicente Dorado, pág. 30).

«El chileno no tiene nada del carácter de las naciones vecinas.» Charles Wiener.

«Estas páginas habrían sido escritas en vano, si no dieran al lector una idea de una nación sobria, práctica, trabajadora, bien organizada y bien gobernada». Sir Horace Humbolt.

«Aunque Chile era, y es todavía hoy, entre todas las repúblicas hispano americanas, la más tranquila, la más adelantada, no puedo dejar de hacer una comparación entre este antiguo país de América del Sur, y el que dejé en América del Norte, la joven y vigorosa California.» (*Le Tour du Monde*, publié sous la direction de M. Edouard Charton, pág. 161, año IX, París, 1868).

«Chile, esto es Europa en América.» Cte. de Gabriac (*Promenade a travers l'Amerique du Sud*, pág. 150).

«Los chilenos son la única nación hispano americana que ha demostrado afición y talento para la marinería.» (*La América del Sud*, por James Bryce, pág. 172).

«En Iquique he pasado por sobre el lugar en cuyo abismo se encuentra la gloriosa *Esmeralda*. Tuve imaginación de las muchas aureolas, de los héroes que ese día habían dado su vida por la patria, en un combate desigual, cuyo resultado debe dilatar los corazones de los que combatieron en los campos de batalla. Yo los había reconocido bien: eran de la raza de Cinegiros, de Leonidas, de Decius, de Assas. Me levanté y los saludé.» (*Au Chili*, por M. J. de Cordemoy; *Le Tour du Monde*, tomo I, pág. 584; París, 1896).

«La mayor parte de los hispano-americanos son buenos guerreros, pero los chilenos son quizá los mejores, pues son descendientes de la tribu más tenaz y también de los más fornidos de los pobladores españoles.» (*La América del Sud*, por James Bryce, pág. 344).

«Los anales históricos de la nación chilena rebosan centenares de brillantes episodios que revelan el valor y la tenacidad de la raza inteligente, solícita y vigorosa que forma la población.» (*Impresiones de la República de Chile en el siglo XX*, Director en Jefe: Reginald Lloyd, Londres, 1915).

«Los españoles al declarar la guerra a Chile se han encontrado con un pueblo heroico y grande; se han afrontado con

los descendientes de aquellos mismos guerreros intrépidos, que conducidos por San Martín y O'Higgins, hicieron morder el polvo a las huestes españolas y proclamaron su libertad e independencia, protestando no someterse más a la dominación de ningún poder extranjero. A la audacia española han contestado con la energía del hombre libre que conoce sus derechos, que sabe sostenerlos, y que ha jurado no permitir jamás que plantas extranjeras huellen el territorio de su patria.» (Discurso del Dr. Pedro Vargas en Potosí el día 23 de Abril de 1866).

«Visitar a Chile había constituído uno de los buenos deseos de mi vida. Su brillante historia militar me había cautivado, desde Pedro de Valdivia, en sus hercúleas luchas con Lautaro, hasta Prat, en su heroica conquista por la gloria.

«La figura de O'Higgins se yergue luminosa en su historia, como el Aconcagua sobre la cadena de los Andes.

«O'Higgins es el Wáshington de Chile, tan guerrero como legislador, noble y desinteresado.

«Esta raza, homogénea si se la compara con la de otras secciones de América, tiene condiciones de carácter e inteligencia que la acreditan en el concierto universal. Mezcla de aquel elemento vasco que partió de la Península con ánimos de trabajo y de sangre indígena, la más bravía, que jamás haya palpitado en los tórax humanos.

«La historia los admira en la Concepción, pereciendo todos agrupados en torno del glorioso tricolor. Los admira en Arica trepando y asaltando aquel Morro inaccesible. Los admira en todos los combates.

«Así, con este patriotismo! así, con esta educación! con esta raza!, se toman fuertes de Arica y se ganan batallas de Chorrillos y Miraflores!

«¡Viva Chile! es el grito de guerra, y el soldado se lanza intrépido a la batalla.

«¡Viva Chile! Preguntad a los mercenarios de Miraflores, lo que este hurra formidable significa.

«¡Viva Chile! respondemos nosotros, el país de los altos montes y de pechos fuertes...!» (*El Ejército de Chile,* por Gerardo Zúñiga Montúfar, Mayor del Ejército de Costa Rica, pág. 51).

«Un tribuno francés exclamó un día, teniendo noticias de una nueva victoria chilena: «Realmente esta pequeña república vale un grande imperio.» (*Chili et Chiliens*, por Charles Wiener).

La guerra misma probó que Chile vale más que el Alto y Bajo Perú juntos y que el Perú no vale un Perú, ni merece Tacna y Arica.

«El roto chileno tiene muchas cualidades que caracterizan a las clases elevadas, pues su patriotismo es muy profundo.» (*Panama to Patagonia*, por Charles M. Pepper, pág. 252).

«El chileno es esencialmente patriota, él quiere a su país y se demuestra muy orgulloso en cualquier ocasión.» (*Sud-Amérique*, por el Conde Charles d'Ursel, pág. 206).

«El oficial chileno es considerado y querido por todas las clases sociales; su absoluta prescindencia de los negocios políticos lo escuda contra el odio lugareño, máxime cuando no representa el tipo repugnante del machetón con sable, que escupe por el colmillo, enemigo jurado de las garantías individuales; sino que es el modelo del militar culto, cuyo único anhelo es la posesión completa de los ramos profesionales, para servir a la Patria fuera de las fronteras. Ora legislen los radicales, ora los conservadores, el oficial hace su carrera en el ejército y la superioridad jamás le retira sin motivo justificado. Esta estabilidad da a la nación, un núcleo de ciudadanos capaces de plantear y solucionar bien los intrincados problemas del arte de la guerra.» (*El Ejército de Chile*, por Gerardo Zúñiga Montúfar, Mayor del Ejército de Costa Rica, pág. 21).

«Los empleos públicos tan deseados en los otros estados de la América meridional, son a menudo rechazados en Chile.» (*Revue de Deux Mondes*, 1847).

«El chileno adopta con diligencia todas las ideas de civilización y lujo que le parecen buenas; él quiere el arte, la literatura, las ciencias, cuya cultura avanza mucho todos los días,

en una comunidad que es capaz de comprenderlas y apreciarlas.» (*Sud-Amérique,* por el Conde Charles d'Ursel, pág. 206).

«El culto de las letras, tal como lo comprende la juventud chilena, merece nuestras simpatías, tanto más cuanto que él es desinteresado. La profesión de hombre de letras no existe en Chile. Los poetas y los novelistas no reciben remuneración por sus trabajos y, por lo tanto, no se sostienen ni por el estímulo del lucro ni por la admiración de sus compatriotas, siempre listos a hacerles la inexorable pregunta: *¿Para qué sirve eso?* Los que no pueden ahogar el fuego sagrado cantan para sí, como los pájaros en el follaje.» (*Revue de Deux Mondes,* 1847, vol. I, por M. Max. Radiguet).

«La sociedad de Santiago es muy ilustrada; bien es verdad que sus habitantes son ricos y están al corriente de los adelantos de las demás naciones. Sus modales son distinguidos y sus trajes elegantes; sus habitaciones, además de estar bien distribuídas, ostentan mucho gusto en su ornato. Reciben a los extranjeros con la misma cordialidad que en Valparaíso.» (*Nuevo Viajero Universal,* tomo III, pág. 200; Madrid, 1861; El Viaje hecho en 1820).

«La sociedad de Santiago está más adelantada que la de Valparaíso. Sus habitantes son más ricos, demostrando mayor conocimiento de los usos sociales y no parecen ser tan ignorantes de lo que ocurre en otros lugares del globo. Sus modales son más fáciles, sus trajes más cuidados y elegantes y en sus habitaciones bien distribuídas y amobladas dominan el buen gusto y *el confort.* Como los habitantes de Valparaíso, acogen con placer a los extranjeros y demuestran su indulgencia a aquellos que conocen imperfectamente su idioma. *Es difícil encontrar una ciudad más limpia y más regular que Santiago.*» (*Viaje a Chile, Perú y Méjico, en los años de* 1820, 21, 22, por el Capitán Basilio Hall, tomo I, pág. 24).

«Santiago tiene un buen mundo agradable, con mucho talento y conversación entre los hombres y alegría y conversación entre las mujeres, un buen mundo más ilustrado y más

en consonancia con el moderno que los de las otras repúblicas más hacia el norte, y de atmósfera más animada.» (*La América del Sud*, por James Bryce, pág. 173).

«Existe un encanto sobre el pueblo chileno, como también sobre su país, que es irresistiblemente atractivo.» (*The Republic of Chile*, por Marie Robinson Wright, pág. 128).

«Las chilenas son en general muy bonitas, y por naturaleza tienen un dón de agradar; de manera que pocos viajeros que han tenido experiencia de fascinación de sus atractivos, se han quedado sin conferirle un gran elogio. La libertad negada por los brasileros a sus mujeres, aquí se extiende en la gran forma, sin perjudicar a la buena vida social.» (*Narrative of a visit to Brazil, Chile, Peru, during the years* 1821 *and* 1822, por Gilbert Farquhar Mathison, Esq., pág. 200).

«El extranjero poco familiarizado con las costumbres de las chilenas, podría a menudo sacar, por la franqueza de sus ojeadas y de una gran libertad en las palabras, las conclusiones más halagadoras para su amor propio. Ya es una flor que le ofrece una muchacha, después de haberla desprendido de su cabellera, ya ella comparte con usted un pastelito, o bien le presenta el vaso del mate a medio llenar, con la bombilla aún húmeda por el contacto de sus rosados labios. Todas estas gracias tienen un solo y único fin, el de manifestarle al extranjero cuán agradable es su presencia.

«Si ellas provocaran ideas de otra naturaleza, el porvenir le reservaría singulares desagrados.

«En la época del año en que las bellezas de Santiago, la capital de Chile, vienen a buscar en los baños de mar un alivio para los calores del verano, los salones de Valparaíso presentan una animación no acostumbrada, Entonces, cada noche se oye el piano lanzar por los balcones abiertos sus notas vaporosas; la danza aumenta el ardor; el atractivo del placer prevalece sobre los prejuicios absurdos, y la zamacueca desterrada, reaparece primero tímidamente, por último triunfante con la corona en la frente y saludada por numerosos bravos.

«Días alegres suceden a las danzas nocturnas y alternan

con los paseos por mar y las visitas a las naves extranjeras. Alegres cabalgatas, atraviesan las calles, amazonas sin sombrero, tules y cabelleras al viento, destellos en todos los ojos, sonrisas en todos los labios; se corre a buscar la sombra a varias leguas de la ciudad, o se juntan en Viña del Mar, o en la Quebrada Verde. Nunca mejor, que durante las semanas consagradas por entero a las fiestas y a las distracciones elegantes, se comprende el atractivo que siempre Valparaíso ha tenido para los viajeros y para los marinos de todas las naciones. Por otra parte, ¿cómo dejar sin pesar esa ciudad amiga del placer, esa ciudad en la cual aun los franceses escapan a la nostalgia de su tierra natal, síntomas tan comunes entre nuestros compatriotas, después de algunos años pasados bajo cielo extranjero?» (*Revue de Deux Mondes*, 1847, vol. I, por M. Max Radiguet).

«Las chilenas son menos limitadas por sus tradicionales formalidades españolas que las mujeres en otros países de la América del Sur. Ellas emprenden ocupaciones por sí mismas y muchas están empleadas en los negocios y oficinas, pero el hombre es el amo y las mujeres toman gusto reconociéndolo. Ellas van a conciertos y óperas para ser admiradas y los extranjeros las admiran y continúan admirándolas.» (*Panama to Patagonia*, por Charles M. Pepper, pág. 212; Chicago, 1906).

«En Wáshington la fama de la belleza de las damas chilenas no es de reciente origen. Cuando don Francisco Solano Asta-Buruaga era Ministro allá, su encantadora mujer por todos fué conocida como la «Rosa de Chile.» (*The Republic of Chile*, por Marie Robinson Wright, pág. 123, Philadelphia, 1904).

«Fué el Rey Luis Felipe, ese conocedor de la belleza femenina, quien, en una ocasión, dijo al marido de una dama chilena, durante la visita a su corte: «Dígame, Cazotte, ¿es todo en Chile tan hermoso como su esposa? ¡Yo le felicito! Y un poeta español, Campoamor, admirando el aspecto de una dama chilena, exclamó con entusiasmo: «Entre una docena de preciosas hijas de Andalucía, no hay un par de ojos tan hermosos para competir con los de la chilena!»

«Cuando (las chilenas) se dignan cantar una romanza es-

pañola, su voz adquiere un encanto particular y se les escucha con verdadero placer.

«Sólo hemos oído cantar estas romanzas en los salones de segundo orden, en casa de los verdaderos chilenos. Cuando la cantora hacía vibrar su vihuela parecía que los asistentes obedecían a un poder mágico, y unían sus voces a la de ella.

«Por lo demás, las chilenas son dos veces mujeres cuando se trata de penetrar un misterio de amor.

«Chile no sólo cuenta con poetas, sino que también cuenta ya con damas que cultivan las letras. La cortesía nos hace citar primeramente, entre las representantes de una literatura en ciernes, a la señora Mercedes Marín. Ha publicado una leyenda en verso, *La novia y la carta.*» (*Revue de Deux Mondes,* 1847, vol. I, por M. Max Radiguet).

«Me dió mucha pena decir adiós a Chile después de una permanencia de dos meses en el país. Y de todo corazón puedo ayudar a Mr. Rumbold en su descripción que la República de Chile es «un país sobrio, serio, práctico, industrioso, bien arreglado y bien gobernado.» (*South America,* por A. Gallenga, pág. 238).

«Pocos jóvenes americanos vivirían voluntariamente en los Estados Unidos, después de haber pasado tres años en Santiago. Ciertamente existe un atractivo en Chile que pocos extranjeros pueden resistir, en verdad hay un proverbio, para los abundantes argumentos, que cada persona que visite el país una vez lo hará una segunda.» (*Three Years in the Pacific,* by an officier of the United States Navy, pag. 147; Philadelphia, 1834).

«Yo he vuelto a Chile después de haber visitado casi todo el mundo.» T. Dimitrijevich.

LOS LIMEÑOS

«Por cierto, no hay otro lugar en el mundo donde la iglesia pueda reunir, como en Lima, a los descendientes de Sem, de Jam y de Jafet, que conocen la Biblia, y el mongol, el tártaro y el indio, que no la conocen. En ninguna parte el europeo, el africano, el asiático y el americano de sangre pura y mezclada, no se encuentran sobre un terreno más reducido. En ninguna parte se podría ver una galería etnográfica parecida, contando las especies vivas de todas las razas, de sus variaciones, de sus cruzamientos. En ninguna parte la clasificación no es más fácil que en este lugar, ningún museo del mundo ofrece tan maravillosos ejemplos de comparación.» (*Perou et Bolivie*, por Charles Wiener, pág. 24; París, 1880).

«La población de Lima y la de los distritos próximos está compuesta de las más variables razas, el indio, el negro y mezcla de esas razas con la sangre europea, a la cual se ha agregado un gran contingente de la inmigración china. Por consiguiente, no es extraño que, bajo una administración insuficiente, tenía que formarse de la plebe de tal población, una clase que vive de crímenes o está lista para cometer cualquier ultraje cuando se presenta una ocasión favorable.» (*Notes of a Naturalist*, by John Ball, pág. 68).

«En Lima los ladrones se persignan con la mano derecha y al mismo tiempo roban con la izquierda.» (*Promenade a travers l'Amérique du Sud*, por el Conde de Gabriac, pág. 158).

El vizconde de Basterot en su libro *De Quebec a Lima* (pág. 315), dice lo siguiente sobre la ciudad de los Reyes: «En esta Torre de Babel del siglo décimo noveno, no pasa un día sin crimen. Algunos de estos asesinatos tienen por objeto la venganza o robo; pero ¿a qué atribuir esos homicidios misteriosos, que aterrorizan a la ciudad? Parece que no tienen otro objeto que el gusto por matar.»

«El carácter del peruano de la clase elevada nunca fué para ser apreciado. En cualquier cosa es tan corrompido que es imposible decir algo bueno sobre el futuro político de ese país. (*Reise in Chili, Peru und auf dem Amazonestrome,* von Eduard Poeppig, profesor an der Universität zu Leipzig, tomo II, pág. 13).

«De la ley, justicia o el orden público no hay sombra. «Nada de dinero nada de justicia» es la divisa en el Perú. El soldado pusilánime que asesinó al Presidente Pardo a la entrada del Senado, los rufianes que asaltaron la casa de Mr. Yung, el Director del Ferrocarril Lima-Callao-Chorrillos, hiriéndolo, como también a su mujer, están en la cárcel con una legión de otros malhechores. El jefe, ahora de un partido político, y mañana de otro, coge el poder por un golpe de sorpresa: El tiene las Cámaras bajo sus pies, y después de una sesión de vana declaración, sus decretos son los únicos que valen.

«El está ocupado para enriquecerse como también a sus amigos, a cuenta pública, hasta que llegue el turno de otro aventurero, para aplastarlo, poniéndolo en la prisión, matándolo allí, sin arriesgarse para ser asesinado en las calles, linchado, ahorcado desde la torre de la Catedral o quemado en la plaza delante de aquella. Así son las cosas en el Perú.» (*South America,* por A. Gallenda, pág. 76).

«¿Quién no recuerda el fin trágico, aún muy reciente, de los hermanos Gutiérrez, usurpadores de la presidencia? Fueron asesinados en la calle, en seguida ahorcados en la Catedral y pedazos de sus carnes comidos por el populacho, que en la plaza pública, había encendido hogueras y asaba a sus Presidentes.» (*Sud Amêrique,* por el Conde Charles d'Ursel, pág. 281, París, 1889).

Comer la carne asada de presidentes es horrible, pero en el Perú hay algo más bárbaro y es que en el siglo XX, durante la revolución contra el Presidente Leguía, uno de los soldados en el Palacio, bebió la sangre de un conjurado (1).

---

(1) «Al día siguiente, el señor Leguía dió un manifiesto a la Nación en que salían estas palabras:

«El atentado que ayer presenció atónita Lima, marca una hora

«Todos los países, dice Le Bon, que presentan un gran número de mestizos están, por esta única razón, condenados a una perpetua anarquía, al menos mientras no estén dominados por una mano de hierro.» (*El Porvenir de las Razas del Perú*, por Clemente Palma, pág. 33).

«En el Perú, durante cuarenta años, había como cincuenta Presidentes de la República. Es verdad que su acción no se ejerce fuera de Lima y muchas veces ocurren algunos cambios presidenciales sin que se sepa en el interior del país. Sabiendo que su poder es muy efímero, no se ocupan de los negocios del Estado, y lo único que quieren es hacer su fortuna particular. Se ha visto a los hombres que han venido al poder sin fortuna, y cuando dejan el cargo después de algunos meses tenían millones de pesos. Este ejemplo es tanto más funesto que naturalmente es imitado por todos los empleados del Gobierno sin importar qué puesto desempeñen.

«He aquí la explicación como en el Perú, el propietario de minas de una riqueza enorme y de guano que le da rentas fabulosas, se encuentre en la miseria más deplorable. Allí nadie se interesa del trabajo público y el Estado no puede pagar ni sus funcionarios.

«No solamente los tesoros del Estado son robados por los que están a la cabeza del Gobierno, pero este concurso parece muy natural, y cada uno dice que haría lo mismo si pudiera. En cambio nadie tiene respeto al Gobierno y el pueblo está siempre a la víspera de revolución.» (*Promenade a travers l'Amérique du Sud*, por el Conde de Gabriac, pág. 159).

El periódico limeño *La Opinión Nacional* lamentaba la revolución como sigue:

«Y ayer no más, la hecatombe del «17 de Marzo», que costó tres mil existencias sacrificadas en Lima y, donde se arrojaron

---

de oprobio en las páginas de nuestra historia. Palacio asaltado, asesinados sus guardias, irrespetuosamente tratada la magistratura suprema y muchas vidas sacrificadas por causa de una ambición desatentada y absurda. Con esta ingratitud se han pagado mis promesas de paz y concordia, y mis afanes y sacrificios de todo género por realizarlas, sincera y honradamente».

¡hombres vivos! a las hogueras encendidas para incinerar a los muertos!»

«Los limeños son una raza tan insignificante que casi no son dignos de atención; nunca ha habido hombres tan incapaces para un empleo activo y beneficioso. Mientras pueden gozar de su cigarro, parece que no tienen desgano, y si la pobreza los encuentra, se desesperan y caen en la miseria, sin la energía de evitar el golpe, o la fuerza para soportar su inflexión. Es casi increíble que entre una población de 100,000 habitantes, y con un gran comercio en el puerto, no haya más que dos o tres casas comerciales peruanas en Lima y el Callao: se puede decir que el comercio progresa por los extranjeros que son principalmente chilenos o de Buenos Aires.

«Si usted encuentra en Lima, durante su paseo por las calles, a un hombre pálido, atisbando de un *capotte* o una larga capa, bien apretada alrededor de su garganta, con un cigarro en su boca y un sombrero pequeño y miserable sobre su cabeza, usted puede estar seguro de que es limeño. Si un hombre activo y bien vestido pasa a su lado, si no es un europeo, es de algún otro país de la América Latina.» (*Narrative of a Journey,* by Robert Proctor, Esq., pág. 235).

«Pienso que la apariencia general de la población de Lima es inferior a la de Buenos Aires o Santiago de Chile, y especialmente a esta última.» (*Letters on the Moral and Religious State of South America,* por James Thomson, pág. 44).

Y que es verdaderamente inferior se ve en su deseo de lo que quiere ser. Así, por ejemplo, en Lima, cuando bailan cantan lo siguiente:

Quisiera ser como el perro,
Para amar y no sentir.
Al perro, como es paciente,
Todo se le va en dormir;
Ahora zamba y como nó.

«La raza peruana es demasiado desmoralizada, y demasiado poco digna de simpatías; ésta es la declaración de todos los extranjeros que la han conocido de cerca. Quiero hablar especialmente de los criollos blancos que componen, una tercera parte, o menos, de la población de Lima, donde hay pocos indios de sangre pura, pero, por otra parte, un gran número de gente de color, de todos los matices imaginables, y cerca de 5,000 negros, casi todos esclavos. Esos criollos blancos, con la excepción de algunos descendientes de españoles, parecen no tener nada de sus antepasados sino que los vicios, más perfeccionados todavía, sin ninguna de las virtudes de ellos. Son degenerados física como moralmente. Débiles, indolentes, afeminados; una excursión de diez horas a caballo es para ellos un récord que debía ser registrado en la historia heroica del país. Enemigos jurados de cualquier especie de trabajo, si están forzados a hacer algo para vivir, tendrán algún almacén por menor que les dará poca ganancia, pero también poca ocupación, y bastante tiempo para charlar con sus vecinos y fumar perezosamente su cigarro. La gente de la clase acomodada pasa el tiempo en la más completa ociosidad, bostezando en la mitad de las calles, haciendo visitas, y a menudo van a pasear su flojera, a caballo, hasta las plantaciones de los alrededores. La tarde la pasan en el café, en las casas de juego, o riñas de gallos, esta pasión de criollos españoles de todas partes del mundo. Su educación se puede decir es nula y la mayoría de entre ellos es de una ignorancia que sobrepasa todos los límites de la verosimilitud.

«El Dr. Tschudi habla de un Ministro de Guerra que no conocía ni el número de los habitantes ni la extensión superficial de su país, y que afirmaba con un increíble aplomo que el Portugal era limítrofe con el Perú y que se podía ir allá por tierra. Otro peruano, funcionario de un rango elevado, le había contado que Federico El Grande había expulsado a Napoleón de Rusia. Hay algunas excepciones de esta ignorancia maravillosa, pero son muy raras. En general, los criollos del Perú son sucios, especialmente en la mesa, y tienen la costumbre asquerosa de escupir por todas partes, de tal manera que hasta irritaría a un yanqui.» (*Voyage Illustré dans les cinq parties du Monde*, par Adolphe Joanne, pág. 390; Paris, 1849).

«Los limeños no son lo que un norteamericano llamaría «progresivos» o «agresivos». Los ferrocarriles y las minas del Perú se hallan por la mayor parte en manos de industriales de los Estados Unidos, el negocio de consignación en manos de los ingleses y de los alemanes, y el negocio al detalle en manos de los franceses, españoles y otros de la Europa continental.» (*La América del Sud*, por James Bryce, pág. 46).

«Los hombres son débiles física e intelectualmente; parecen viejos sin edad; son afeminados, irascibles, incapaces de un largo ejercicio mental o corporal, y tan impacientes de contradicción como un Milesano. Aunque no están completamente desprovistos de franqueza, saben hacer papel de hipócrita. Esos son realmente los hombres demagogos para excitar e inflamar. El fumar, el jugar y la riña de gallos, son las principales ocupaciones de su vida; sin embargo, particularmente se abstienen del uso de las bebidas alcohólicas. Los ricos dedican todo su tiempo en flojear y divertirse, y los pobres, que están obligados a ganarse la vida, se ocupan de algo ligero que le da bastante tiempo para la ociosidad, charla y recreo.» (*Recent Exploring Expeditions to the Pacific and the South Seas*, por J. S. Jenkins, pág. 110).

«Jugar es una costumbre común en Lima, entre los dos sexos, y algunas familias ricas están siempre en la pobreza a causa de este vicio. Una dama viuda y de respeto, que yo conocía, tenía una renta de más de siete mil libras esterlinas por año, y a pesar de que gastaba poco en su estilo de vivir, ella estaba siempre en deudas por entregarse al dicho vicio; y su hija, una niña de catorce años, fué considerada casi adepta en todos los juegos.» (*Narrative of a Journey*, by Robert Proctor, Esq., pág. 226).

«La gente de la clase baja se acuesta generalmente con todos sus vestidos y se alaba de repetir el proverbio propio: «El agua es indigna y el jabón, traidor.» (*L'Univers*, por M. Lacroix. pág. 350).

Las ropas no las cambian hasta que no caen en pedazos; por esto, cuando hablaba con alguno de la clase baja, para evitar el agradable olor, tenía que estar a la distancia y terminar tan pronto como fuera posible.

«Los hombres de Lima muestran ser una raza diferente de todas las otras que he visto en América del Sud, pues ellos son sucios e indolentes hasta un punto pasmoso. Teniendo mucha ocasión para visitar las oficinas públicas, yo siempre las encontraba llenas de humo y el suelo sumamente sucio, a causa del continuo escupir de los empleados y jefes.

«He visto funcionarios de la más alta posición, fumando, sentados en las mesas, en camisas tan sucias que deshonraría a un limpia-chimeneas. Su barba, generalmente poco poblada, y sus manos son vergonzosamente sucias. Cuando salen a la calle, toda esta suciedad e inmundicias las cubren con un manto.» (*Journal of a Voyage to Peru*, por Lieut. Chas-Brald, R. N., pág. 177).

Este documento es un poco anticuado, y es de ver que, en los últimos años la «civilización», en ese país, ha progresado tanto, que los jóvenes peruanos no se avergüenzan de pintarse como verdaderas damiselas.

«Los hombres de Lima generalmente carecen del aire varonil y tienen tanto afeminamiento que poco gusta al bello sexo. A varias señoras oí lamentarse por ese afeminamiento de los varones, y en un periódico ilustrado leí un artículo de una escritora sobre ese tema, censurando el acicalamiento de los hombres y su afán por aparecer bellos. Ellos no se corregirán, decía, pero la sociedad siempre los señalará con el dedo. ¿Queréis ver, agregaba, un *dandy?* Allí le tenéis, en la puerta del teatro, frunciendo ridículamente los ojos, para mirar, a través de unos lentes azules, a cuantas jóvenes salen, terminada la función, envueltas en sus abrigos. Vedle hacer muecas afeminadas y martirizarse el bozo, con cierto aire de importancia, dando mil vueltas a la varita que lleva por bastón en la mano. Oidle requebrar, en voz alta, a las mujeres, sin respetar su condición ni su estado, y referir las escenas de sus novelescos y, tal vez, supuestos amores. Es el mismo que, la otra noche, en un baile, llevaba una camisa de bobitos rizados, y cuya

cabellera estaba sahumada con exquisitas esencias. Es el mismo que, haciendo alarde de ser impío, profana los templos con su presencia por ir a lucirse en las festividades, galanteando a las jóvenes mal educadas. Sí, es el mismo que siempre anda reluciente y vestido a la última moda, con un capullo de rosa en el ojal de la levita; pero que debe al sastre, hasta los calcetines y la camisa del cuerpo. Es el mismo! No lo perdáis de vista, lectoras, y siempre le encontraréis provocando vuestra risa, lejos de conseguir agradaros. Señal inequívoca para no confundirle con otros es que, casi siempre, lleva una novela de pacotilla en la mano, por dársela de ilustrado, cuando lo único que sabe es... hacer... arrugas.

«Con uno de estos tipos tuve la desgracia de encontrarme una noche en el Teatro Principal. Se levantó el telón, la función comienza y entonces aparece mi hombre buscando su asiento y molestando señoras y señoritas, dándose aires de distraído con el sobretodo en un brazo y los espejuelos en la mano. Acababa de separarse de otros jóvenes con quienes había estado ocupado en mirar a los palcos y embebecido, extasiado parecía olvidarse de este mundo. Apenas se sentó, dirigía sus binóculos a un palco y los retiraba; se atusaba un pequeñísimo bigote, tosía, se movía, no cabía en su asiento. Aquello me molestaba demasiado, sobre todo una tosecita seca, como de tísico, que tenía, y el afán de componerse el cuello y la corbata. Me fijé en él y observé que dirigía la puntería al palco de un diplomático en que estaba la señora del Ministro, bella joven y su hermana no menos guapa. ¡Qué mujer tan bella! dije mirándolo, como que es la esposa del Ministro de... Mi hombre me miró de soslayo, se sonrió y no quitaba los anteojos del palco. Terminado el primer acto, se levantó presuroso y fué a colocarse en otro sitio con algunos amigos para clavar los anteojos a su víctima desde otro punto de vista en que él se hiciera más visible. Esta escena se repitió hasta el fin de la función. Mi hombre corrió entonces a la puerta del teatro a formar en las filas de los que van a ver a las jóvenes que salen para saludarlas y dirigirles miradas y sonrisas expresivas. Yo pasé y me retiré despacio. En la primera bocacalle le encontré, había volado, estaba como en acecho, componiéndose la levita y el cuello, esperando a las jóvenes que venían para mirar otro desfile.

Es el mismo, dije para mí, de que habla la escritora citada, quiere echarla de tenorio y tal vez hacer creer en novelescos amores.» (*Un Viaje por Fuerza a Sud-América y Europa*, por Carlos Selva, tomo I, pág. 99).

«Pocos jóvenes en Lima hablan otro idioma que el castellano; pocos son los buenos músicos, y de lectura se ocupan demasiado poco.» (*L'Univers*, por M. Lacroix, pág. 803).

«El peruano quiere ser considerado como caballero. Hay mucho quijotismo allá, el cumple más con su palabra que con su deber.» (*The Andes and the Amazon*, por C. Reginald Enock, F. R. G. S., pág. 803).

«Las mujeres superan mucho a los hombres en la vivacidad; pero como sucede en casi todos los países del mundo, en donde se lleva la primacía una sola ciudad, todas se modelan comúnmente por las limeñas.» (*Curso Completo de Geografía Universal*, por M. A. Letrone, pág. 845, Madrid, 1845).

«Las damas de Lima que son, por cierto, una raza superior a los varones, en esta ciudad de vicios y afeminación, son los principales actores.

«Como se puede suponer, las damas de Lima son muy malas amas de casa, en realidad, esto no forma parte de su educación, y ellas nunca toman el menor interés en las ocupaciones domésticas.» (*Narrative of a Journey*, by Robert Proctor, Esq., págs. 221 y 227).

«Es natural que el clima es la causa de la indolencia; cuando la limeña está en casa, descansa sobre el sofá, o se balancea en la hamaca; y al mismo tiempo goza de un plato de algún dulce, o fuma un cigarro. Visitas, paseos, teatro, baile y concierto ocupan el resto de su tiempo. Cuando pasa la primavera de la vida y la belleza principia a decaer, el espejo se cambia por el libro de misa, y ella se dedica a los trabajos de piedad y caridad.» (*Recent Exploring Expeditions to the Pacific and the South Seas*, por J. S. Jenkins, pág. 112).

«Las damas de Lima se visten con un traje extraordinario, llamado la tapada, que llamó mi atención particular. De justillo arriba se parece a un saco formando una especie de caperuza que se tiene en tal posición que solamente se ve un ojo. La portadora está oculta de tal manera que es imposible reconocerla. A causa de esto ocurren continuamente equivocaciones. Es conocido que maridos seguían a sus propias mujeres con el fin de intrigas. Ocurría que los hermanos descubrieron a sus hermanas, o enamorados sus novias, cuando estaban vestidas con estos ocultadores. Generalmente las mujeres casadas tienen uno, que ellas visten, sin que sus maridos sepan, cuando salen; con qué fin, debo dejar que las bellezas de Lima contesten ellas mismas.» (*Travels in Bolivia*, por L. Hugh de Bonelli, of Her Britanic Majesty's Legation, Vol. I, pág. 100; London, 1854).

«Muchas veces vi mujeres de edad y gordas, que todavía tenían la vanidad de apariencia, con zapatos tan pequeños que los tobillos y su carne estaba fuera, y disimulaba el pie.» (*Narrative of a Journey*, by Robert Proctor, Esq., pág. 224).

«Fumar es común en Lima entre los dos sexos. Es la primera cosa que hacen cuando se despiertan por la mañana, y aun van a dormir con el cigarro en la boca. Es fácil imaginar el disgusto que siente un inglés notando a una hermosa mujer que con una mano delicada toma su cigarro de su boca ennegrecida, para que pueda escupir en el suelo, la saliva que ha colectado en su boca y haciéndolo esto de la manera ofensiva de un peón inglés.» (*Narrative of a Journey*, by Robert Proctor, Esq., pág. 225).

«Lima tiene fama de ser el «paraíso de las mujeres y el infierno de los hombres», y bien merece tal nombre, porque la moral de las peruanas es muy baja. La mujer limeña es viciosa y coqueta y le gustan mucho las aventuras amorosas en que le ayudan mucho la saya y el manto (con que ocultan la cara de tal manera que solamente un ojo se le puede ver) (1). Además es beata, hipócrita y supersticiosa.

(1) Ahora esta costumbre ya no existe.

«Para dar una idea de la moralidad en Lima, voy a mencionar solamente dos hechos:

«En el hotel «Bola de Oro», donde yo vivía, reinaba una vida poco tranquila y servía de casa de juego, y numerosas mujeres, que se estacionaban en los alrededores del hotel, asediaban a los hombres.

«El segundo hecho es la lista de nacimiento anual en Lima, cuyos números muestran claramente la viciosa vida, pues la mayoría de los niños son bastardos. En un año nacieron 1,384 legítimos y 1,640 ilegítimos.» (*Fünfzehn Jahre in Süd-America*, por Paul Treutler, tomo III, pág. 138).

«La mujer de Lima está preparada muchas veces para sacrificar su salud a su vanidad; y aun, por las noches friolentas y nebulosas, estas mariposas de moda se ven con sus ligeros trajes, presentando un contraste curioso al lado de sus maridos, hermanos o amigos que las acompañan, y que se protegen del nebuloso tiempo con sobretodos de cuellos arremangados.», (*The Andes and the Amazon*, por C. Reginald Enock, F. R. G. S. pág. 803).

No sé que diablo me aconsejó para decir una vez a una limeña que era bonita, pues más de diez veces me preguntó el mismo día si yo lo pensaba en realidad, queriendo que se lo repitiera, y yo, pobre, tenía que repetírselo siempre con más razones. Este acontecimiento me dejó al corriente para nunca decir a una peruana que era bonita.

«Las mujeres de edad no habiendo recibido ninguna educación, tienen desde la infancia la costumbre de fumar, mujeres jóvenes fuman cigarrillos, pero avanzando en edad los cigarros son siempre más grandes. He visto las mujeres que fumaban cigarros puros tan grandes como velas.» (*L'Univers*, por M. Lacroix, pág. 803).

«Se ven pocas mujeres viejas en Lima. Tan pronto como la edad cruel ha impreso su primera arruga en la frente, que ayer estaba todavía de una pureza irreprochable, tan pronto se muestran algunas canas entre su cabellera de ébano, de-

masiado orgullosas para ser destronadas, ellas abdican su juventud, viven en el fondo de sus domicilios como crisálidas y se muestran indiferentes a todo, aun a la muerte, aun a la miseria.

«Una vieja limeña no encuentra ninguna compensación de estúpidas voluptuosidades de la juventud, en los regocijos más puros de la familia. Como su vida ha sido completamente exterior, sus hijas crecen sin cuidado y se acostumbran a considerar a su madre como un mueble inútil. Si, en una casa, un extranjero se levanta con respeto al acercamiento de una mujer de edad, no es raro oir a una niña decir con indiferencia: —¡No se incomode usted; ésta es mi mamita!—La madre no sufre nada por este modo de proceder; la costumbre es una segunda naturaleza. Su única ambición es ver a su hija elegante, admirada y galanteada; también ella se presta voluntariamente a darle, como una sirviente, los cuidados, que no ha dado a su niño como madre.» (*Voyage Illustré dans les Cinq Parties du Monde*, por Adolphe Joanne, pág. 391).

Cuando llegué al Callao, mi equipaje tenía, naturalmente, que pasar por la aduana. Cuando el inspector me preguntó qué llevaba en el bulto donde yo tenía mi vestido nacional, yo le contesté solamente que no era más que un traje, pero, como él viera el color rojo del mismo, lujosamente bordado, me dijo con gran entusiasmo:

—¡Oh! Tal vez, su señoría, es torero?

—Sí señor, soy torero; pero he tenido la desgracia de que se me hayan muerto todos los toros en el viaje, le contesté yo.

—No se preocupe usted por ello! En el Perú, los toros no le faltarán, de cualquiera clase que necesite!

—Ya sé; pero es que no tengo actualmente dinero...

—Pero, señor, usted como torero, tendrá aquí más crédito que el rey de España, replicóme él.

Y si yo fuera lo que le había dicho, no podría quejarme del Perú; pero la desgracia estuvo en que yo era conferencista y no torero.

«La población de Lima prefiere la corrida de toros a cualquier otro espectáculo, y cuando éste falta, le gusta todavía más

la riña de gallos que cualquiera otra diversión. En Lima había una compañía de ópera italiana, bien compuesta, pero los artistas se morían de hambre, porque el público no iba al teatro, lo que los ha decidido a partir para China, donde esperaban encontrar oídos más dispuestos para oirlos.» (*L'Univers*, por M. Lacroix, pág. 345).

Me contaron en Panamá que un panameño que conocía muy bien el gusto del público peruano, compró un toro y un león y se fué a Lima donde anunció la fecha en que se efectuaría la lucha entre los dos animales.

Naturalmente, el público limeño se volvió loco de entusiasmo y se vendieron todos los boletos el día cuando se anunció el espectáculo. Las entradas se revendían en tal forma que muchos ganaron dinero, hasta que llegó el día del gran acontecimiento. Los que no tenían boleto, también fueron allá, pues pensaban que si no podían ver, serían los primeros en enterarse del éxito.

La hora llegó: Primero entró el toro y después el león, pero el entusiasmado público se extrañó de que el toro, por bravo que fuese, no atacó al león, y el león por salvaje que era, no atacó al toro. Entonces el rabioso público, arrojó todas las sillas sobre los pobres animales, que realmente eran menos brutales.

«Cinco toros se matan en el Callao cada domingo, en beneficio de alguna iglesia, o de alguna institución de caridad: Cada pelea de toros se avisa por medio de grandes anuncios en las paredes, con lujosa pintura de los toros y leones que tomarán parte en la lucha a muerte. Con la caza, las regatas, las peleas de gallos, y otros placeres parecidos se pasa el día del Señor en este país.» (*Our South American Cousins*, por William Taylor, pág. 99).

«Todo el aspecto es brutal, es una diversión sanguinaria y visto una vez, basta. Las Repúblicas, generalmente, lo han prohibido y esperamos que el Perú va a seguir el ejemplo. No es natural a juzgar, pero el extremo placer que las damas parecen tener en esto, el agrio y ansioso ojo con que ellas miran a la parte más cruel del drama, habla dificultosamente de la clase que está formada para dulzura y gracia atractiva, para

templar al hombre, para curar heridas, consolar, alegrar, ciertamente no para excitar, y con su presencia sancionar un sport, tan inhumano y tan bárbaro. Durante todo el tiempo mis simpatías eran hacia el toro, y cuando un bobo mulato a caballo fué casi muerto, yo pensaba que era el premio más justo.» (*Four Years in the Pacific*, por Lieut. The Hon. Fred. Walpole, R. N., tomo II, pág. 41; London, 1850).

«Los peruanos son verdaderos salvajes; sus placeres favoritos prueban su barbaridad. Estos son corridas de toros y riñas de gallos, y hay que saber que las corridas de toros, en comparación de las que se ven en España, pueden pasar por distracciones filantrópicas; mataderos bárbaros, donde a los verdugos les falta el mérito de la valentía y la habilidad.» (*Voyage Illustré dans les Cinq parties du Monde*, por Adolphe Joanne, pág. 388; París, 1850).

«Hace mucho tiempo que Chile abolió las corridas de toros y no permite una lotería nacional, pero no prohibe la venta de billetes de la lotería de Buenos Aires. Football y otros sports atléticos son muy apreciados. En este respecto Santiago es una ciudad inglesa.» (*Panama to Patagonia*, por Charles M. Pepper, pág. 213).

Entre los muchos inconvenientes que un extranjero tiene en Lima, es la mendicidad.

Se hace difícil salir a la calle pues lo asaltan mendigos, implorando limosna en nombre de la Virgen Santísima, de Jesús todavía no sepultado y de todos los Santos del calendario católico, apostólico y romano, y aún de un santo norteamericano.

También es muy difícil escapar a los vendedores de boletos de loterías a diez y veinte centavos, que no es más una lotería sino mendicidad en otra forma.

Por esto en Lima sale más barato ir en coche que a pie.

«La lotería deja a la Beneficencia Pública seis centavos de utilidad en los diez que vale cada fracción del sorteo ordinario, en que el premio mayor es de mil quinientos soles. Esta fuente de ingresos es fecunda, pero se mantiene a costa de los pobres

que dan sus diez centavos casi todos los días con la esperanza de obtener un premio para salir de sus apuros, y sobre todo a costa de la paciencia de todos los transeuntes, que se ven acosados, por donde quiera, por una nube de vendedores de billetes que les salen al paso y van gritando: ¡Mil quinientos soles para hoy! Mil quinientos soles para mañana, el último que me queda! ¡Aquí está la suerte, sáquesela usted. Esta canción se oye por todas las calles y principalmente por los parajes más frecuentados, todos los días y a cada hora. Fastidia eso y es demasiado molesto para el público.» (*Un Viaje por Fuerza a Sud-América y Europa*, por Carlos Selva, tomo I, pág. 132).

Todo el día gritan los vendedores: «Hoy sale la suerte», «Quien no juega no gana». «Para la tarde diez mil». «Compre un boleto y su fortuna está hecha», etc.

En el teatro, antes de la conferencia, tampoco me dejaron tranquilo, hasta uno me dijo: «Señor Conferencista, compre algunos boletos que le podrán dar suerte y, en vez de hablar a las masas, podrá hablarle a las mozas.»

No es extraño que un vendedor de boletos de lotería pueda decir tal cosa espiritual, porque hay entre estos vendedores, hombres que han pasado diez años en escuela y han ocupado distintos cargos públicos, cuando su partido estaba en el poder.

Un oficial inglés, Mr. Enock, asegura en su libro *The Andes and the Amazon*, pág. 324, que le ofrecía boletos de lotería, un individuo que antes fué alcalde. Cosas muy tristes pero verdaderas.

Uno nunca debe pedir una información de alguna persona en la calle, excepto a un guardián, que no sabe como se llama la calle ni donde está parado.

Si la información se pide a una persona decentemente vestida, se pasa un rato desagradable, pues allá no se acostumbra a oir pregunta alguna en la calle, de personas desconocidas, porque generalmente se le pide socorro, o se le ofrece billetes de lotería. También es desagradable pedir información a un pobre porque él le pediría dinero.

La mendicidad ha llegado a tal punto, que aun los individuos que tienen trabajo piden limosna. Muchas veces, los muchachos entran al hotel durante la comida y le ofrecen a uno los boletos

ya no válidos, no tanto para engañarlo, como para tener ocasión de pedir limosna; y no se van, hasta que no se les dé algo, o que venga el mozo para echarlos afuera.

En una palabra, por todas partes se ve mendicidad y se habla de limosna, aun la libertad del Perú fué una limosna, y ahora piden al mundo civilizado para que se le entregue Tacna y Arica, también como una limosna.

Conversando con un caballero, sobre las condiciones económicas del Perú, trataba de convencerme que al Perú no le falta nada, y mucho menos Tacna y Arica, pues tiene tierras y riquezas desconocidas, y lo que le falta es la inteligencia y la labor, pues el peruano es un mendigo sentado en oro.

«Otra costumbre practicada en Lima, indigna todavía más los sentimientos del hombre civilizado, y es que los cadáveres de los pobres, cuyas familias no pueden pagar el entierro, se arrojan por sobre los muros del cementerio. Esos cadáveres quedan allí hasta la putrefacción completa.» (*L'Univers*, por M. Lacroix, pág. 346).

«Una costumbre muy vergonzosa que se practica en Lima, especialmente entre la clase baja, es que no se toma el trabajo para encontrar los medios para sepultar a sus niños, sino que dejan sus cuerpos cerca de las iglesias. Primeramente yo no sabía de tal costumbre y como tenía que pasar al lado de una iglesia que se encontraba cerca de la casa donde yo vivía, fuí incomodado por el desagradable olor que venía de los envoltorios, puestos sobre una muralla baja, cerca de la iglesia. Interrogando, encontré que los bultos contenían niños muertos, dejados allí hasta que el carruaje público no viniera para llevarlos a sepultar. Este carruaje visita todas las iglesias con el fin de recogerlos. Como no se pregunta quiénes son sus padres y no se investiga la causa de la muerte, tengo que sospechar que en una ciudad tan inmoral como Lima el asesinato de los niños es muy común.» (*Narrative of a Journey*, by Robert Proctor, Esq., pág. 242).

«Todo el espectáculo era demasiado horroroso y uno no puede dejar de dar una desfavorable idea de las cosas de ese

país, observando, que el rito de sepultura, que entre los pueblos más salvajes es observado con decencia y respeto, sea descuidado, o aun negado por completo en este país cristiano.» (*Narrative of a Visit to Brasil, Chile, Peru*, por Gilbert Targuhar Mathison, Esq., pág. 226).

«Los indios peruanos, que luego comprendían que las cabezas de sus prójimos muertos son bien pagadas, empezaron a matar a enemigos y amigos, embalsamaban sus cabezas y las traían en gran número al mercado. La autoridad intervino, y ahora solamente las «antiguas» cabezas se pueden vender. ¿Pero quién puede atreverse a decir, si tal momia es de una semana atrás o de hace un año?... Con esta mala impresión dejamos Lima.» (*Rund um Süd America*, Reisebriefe von Dr. Oscar F. v. Riesemann, pág. 139).

LOS PERUANOS

«En el Perú hay lugares donde la superioridad del mono sobre el cholo es bien demostrada.

«En el Perú aun los burros son una raza muy inferior a otras». (1) Mr: GILBERT, escritor inglés.

«Las principales razas que han constituído el alma del pueblo peruano, han sido y son: 1.º *la raza india, raza inferior*, sorprendida en los albores de su vida intelectual por la conquista; raza que representaba probablemente la ancianidad de las

---

(1) «El burro se ha degenerado tanto como el caballo. El asno de la Puna es pequeño y muy peludo; es tan tranquilo e indulgente que los niños y las mujeres pueden montarlos sin ningún temor.

«El caballo de la Puna, aún rústico, se encuentra en estado de una degeneración marcada.

«Los dueños acostumbran a sus puercos a comer toda clase de materias animales e inmundicias y por consiguiente no se puede obtener de ellos carne sabrosa». (Rapports Presentés au Ministre de l'Agriculture et de Travaux Publics du Pérou, par cinq Ingenieurs Agronomes).

razas orientales, que era, por decirlo así, el deshecho de civilizaciones antiquísimas, que pugnaban por reflorecer nuevamente en un *ricorsi* lento y sin energía, propio de una decrepitud conducida inconscientemente en las venas; 2.º *la raza española, raza nerviosa,* que vino precisamente en una época de crisis, de sobreexcitación en su sangre, de actividad desmesurada, y que por tanto tenía que obrar más tarde con las energías gastadas, con el cansancio nervioso y la debilidad moral que sucede a los períodos de mayor gasto; raza superior, relativamente a la raza indígena, pero raza de efervescencias y decaimientos, raza idealista y poco práctica, raza turbulenta y agitada, raza más artística que intelectual de carácter vehemente, pero no de carácter enérgico, voluble e inestable; 3.º *la raza negra, raza inferior,* importada para los trabajos de la costa desde las selvas feraces del Africa, incapaz de asimilarse a la vida civilizada, trayendo tan cercanos los atavismos de la tribu y la vida salvaje; 4.º *la raza china, raza inferior y gastadísima,* importada para la agricultura, cuando la República abolió la trata de negros, raza viciosa en su vida mental, completamente abotagada la vida nerviosa por la acción del opio, raza sin juventud, sin entusiasmos, de un intelectualismo, pueril a causa de su misma decrepitud, y en la que el carácter de raza por el régimen despótico se ha hecho servil y cobarde, y 5.º las razas mestizas que han provenido del cruzamiento de las tres primeras razas, que si bien representan desde el punto de vista intelectual una superioridad sobre el indio y el negro, son insuficientemente dotadas del carácter y del espíritu homogéneo que necesitan los pueblos para formar una civilización progresiva: las falta el alma de una nacionalidad.» (*El Porvenir de las Razas en el Perú,* por Clemente Palma, pág. 6, Lima, 1897).

«En el Perú, que ha dado entre ciertas repúblicas sudamericanas el más alto ejemplo de la bancarrota moral y material, casi no existen los indo-europeos pura sangre; si se exceptúa de su población a los indios incultos del interior, ella está compuesta enteramente de cholos, tercerones, cuarterones, etc., que provienen de cruzamientos entre indios y españoles, entre indios y negros, entre españoles y negros, entre los mestizos

así formados y las diversas razas de que éstos descienden, y todavía de la conjunción de estos mestizos entre ellos. Agreguemos que muchos chinos han fijado su residencia en el país desde algunos años a esta parte...

«Es un caso extremo, bien lo veo, pero por la misma razón instructivo. Si la enorme potencia de la civilización no le sostuviera de todos lados, tal Estado como el Perú, desligado por una casualidad del resto del mundo y abandonado a sí mismo, caería a poco andar en la barbarie, una barbarie no humana, sino bestial.» (*La Génesis del Siglo XIX*, por H. S. Chamberlain; tomo I, pág. 387).

«La falta de carácter coloca a los criollos en la condición de una raza media incapaz de progreso, si no se la sujeta a una terapéutica étnica que garantice su salud física y su vigor moral en un porvenir más o menos lejano. ¿Por qué la República Argentina y hasta Chile son hoy naciones florecientes? Por el carácter. ¿Y por qué tienen carácter? Porque los elementos inferiores de raza entraron en poca cantidad en la constitución de su pueblo actual, y los superiores en más cantidad. La raza inglesa en Chile ha influído poderosamente en la formación del elemento civilizado. El gaucho tiene menos de esa sangre, pero en cambio no se ha cruzado con el negro. Los españoles celosos de su Virreinato tan productor, no permitieron o por lo menos dificultaron el ingreso de otra raza en el Perú; y ello si redundó en provecho de España, porque nos impuso su espíritu con todos sus defectos, también redundó en perjuicio de la vida mental y del carácter de la colonia.» (*El Porvenir de las Razas del Perú,* por Clemente Palma, pág. 37).

«A mediados del siglo XIX aún había en el Perú unos 50,000 africanos, pero hoy apenas quedará la décima parte. En cambio, de esta desaparición del tipo puro vense muchos tipos intermedios, que son como enlaces entre las diversas razas; y si los más de los que presumen de blancos por los cuatro costados tuviesen la franqueza de confesar quiénes fueron sus abuelos, se vería que los hubo blancos, cobrizos y negros; es decir, de todas las castas que viven en el Perú. Otras completamente nuevas hay que añadir a las tres mencionadas, a saber: la ama-

rilla y la oceánica, que los hacendados de la costa comenzaron a introducir cuando la abolición de la esclavitud les dejó sin medios de continuar el cultivo de sus dilatadas posesiones. Hicieron en 1843 las primeras compras de estos nuevos esclavos, y desde entonces adquirieron más de 100,000.

«El comercio de carne humana se hizo con tanta crueldad en el Perú como en las Antillas, y aunque los mercaderes que con él se enriquecían lo negaron, queriendo convencer al mundo de que trataban con suma humanidad a los que vendían, las informaciones que se abrieron para averiguar la verdad descubrieron las crueldades e injusticias cometidas. Por ellas se supo que muchos de aquellos infelices asiáticos, a quienes traían y desembarcaban como emigrantes voluntarios, eran hombres robados en la costa de China y arrojados luego en el fondo de la bodega del barco; y a los que de buen grado se habían prestado a dejar su patria para ir a trabajar en los ingenios con la garantía de un contrato, los engañaban los traficantes, no cumpliéndoles las principales cláusulas de aquél, si es que alguna cumplían. Muchas veces se alzaron los oprimidos contra los opresores, peleando unos contra otros furiosamente en medio del mar, y ocasiones hubo en que les fué preciso acabar a tiros con la mitad del cargamento, o en que el tifus hizo el oficio de las balas, causando no menos muertes que éstas. Algunos barcos acabaron incendiados por sus pasajeros, que prefirieron la muerte a la esclavitud. A los horrores de la travesía seguían los del ímprobo trabajo en las haciendas, tan penoso como se deja considerar, atendiendo a que todo el día amenazaba a los obreros el látigo del capataz. De noche dormían en barracones, bajo la custodia de hombres armados, no puestos allí para su seguridad, sino para impedir que huyesen. Se sustentaban de malísimas viandas, casi incomibles, que a precios fabulosos les vendían sus propios amos; tenían sólo tres días de descanso al año; no podían casarse por falta de mujeres de su raza, y cuando al cabo de ocho años de esta horrible vida esperaban alcanzar otra mejor y volver a la patria, poquísimos lo conseguían, porque al partir, si no les probaban que tenían sin satisfacer alguna deuda, les imponían multas o les castigaban por haber faltado a alguna orden que ni siquiera conocían, siendo siempre el castigo la continuación del

trabajo. Las protestas del gobierno chino, el alzamiento de estos nuevos esclavos, la ruina de muchos hacendados y el agotamiento de las minas de guano, endulzaron mucho la suerte de los *contratados* (así los llamaban). (*Geografía Universal* por Eliseo Reclus, tomo V, pág. 481).

«Lima fué invadida completamente por los negros y chinos, que era una consecuencia de la abolición de esclavitud en 1855. Casi todos los negros, en este tiempo, dejaron las plantaciones y los hacendados se encontraron en gran dificultad no teniendo trabajadores.

«Por otra parte miles de negros se dirigieron a Lima donde no podían encontrar ninguna ocupación y se dedicaron al robo y asesinato, por lo cual fué preciso proclamar el estado de sitio y diariamente fueron fusilados los negros en la plaza de la Inquisición.

«Los terratenientes para ayudarse dejaron venir a los chinos, lo que se hacía por medio de compañías establecidas con este fin. Mientras el comercio de los esclavos fué prohibido se encontró otro medio para practicarlo. Cada chino para pagar la travesía del Océano, tenía que obligarse a trabajar siete años, recibiendo gratis la comida, alojamiento, vestido y siete pesos por mes. A la llegada de cada buque que traía a los chinos, se avisaba en periódicos y venían los comerciantes y hacendados de todas partes para comprarlos a un precio de 200 a 300 pesos, de lo que yo fuí testigo.

«El chino tiene la superstición que puede entrar en el Paraíso solamente cuando está enterrado en su tierra, por esto era costumbre depositar en el Consulado sus primeras economías, con el fin, de que si mueren, sus cadáveres se manden a China, y me aseguraban que morían tantos, que había buques que se ocupaban solamente con la transportación de los muertos.» (*Fünfzehn Jahre in Süd-America*, por Paul Treutler, tomo III, pág. 141).

Hoy día esos chinos y negros son ciudadanos del Perú y quizás los mejores.

«Felizmente, repito, la raza china se ingiere con dificultad en la sangre de los mestizos y mulatos: hay instintiva repulsión en todas las razas cruzadas, con más intensidad a medida que se acercan a la superior. Así en el indio esa repugnancia no es tan grande: parece que husmeara a través de los siglos, en presencia del chino, el olor del nido común. Por eso los pocos casos de cruzamiento con los chinos se han verificado en la raza india y, por fortuna, este nuevo mestizo sale en tales condiciones de degeneración que desaparece pronto: por lo general el hijo de chino y de india muere antes de llegar a la virilidad, acaso de una virilidad que sería infecunda como la del mulo.

«La raza china, cuya acción es pequeñísima en la sociabilidad de nuestras razas, también está llamada a desaparecer por inadaptación o por expulsión gubernativa, cuando haya el convencimiento de los perniciosos efectos que esta raza degenerada, viciosa y sucia, puedan ocasionar en la vida de nuestro pueblo. Aunque esta raza se cruza dificílmente y los frutos de este cruzamiento tienen poca vida, constituye una alarma por los vicios que enseña a nuestro pueblo, por las enfermedades que, aún sin fecundar a las mujeres, dejan en el seno de ellas, enfermedades que, al fin y al cabo, se estacionan en su sangre, la empobrecen más, la debilitan y dan resultados siniestros.

«Otro elemento degenerativo que llevamos en la sangre, que es a la vez efecto de los cruzamientos de razas ardientes, como la española y la negra con la india indolente, y causa de degeneración futura, es la sensualidad, que calcina y destruye nuestra salud y nuestras pocas fuerzas nerviosas. Ella, indudablemente, tiende a formar generaciones enclenques, enfermizas, escrofulosas, sifilíticas e histéricas. El fanatismo es también otro elemento influyente en la retrogradación de las razas, o por lo menos de su estancamiento. El español, como el negro, es fanático: el indio lo es menos, a cáusa de la somnolencia de su espíritu, pero su misma inactividad cerebral ha contribuído a perpetuar por los cruzamientos ese espíritu maléfico.

«El indio a este respecto es inferior al negro: indolente y egoísta, el indio es incapaz de una acción heroica, por iniciativa

de su sangre.» (*El Porvenir de las Razas del Perú*, por Clemente Palma, págs. 30, 32, 34 y 36).

«Los quichuas y los aymarás son de color moreno aceitunado subido. Talla mediana: un metro 597 milímetros. Formas macizas: tronco muy largo comparativamente al conjunto. Frente pequeña: cara ancha, oval, nariz larga, muy aguileña, ensanchada en su base. Boca bastante grande, labios medianos, ojos horizontales, de córnea amarillosa. Pómulos poco salientes, rasgos pronunciados, fisonomía seria, reflexiva y triste.» (*L'Homme Américain*, por D'Orbigni).

«Los indios aymarás son los más feos representantes de la raza india que he visto. Entre las mujeres no vi ninguna cara que pudiera pasar por bonita. El resto de su cuerpo es agraciado. Desde este punto de vista, los aymarás difieren de los quichuas, sus vecinos, entre los cuales se encuentra alguna vez una cara que es pasable.» (*Voyage dans le Nord de la Bolivie*, por H. A. Weddell, docteur en médecine, pág. 120; París, 1853).

«Los peruanos de origen indio son tímidos y pacíficos, muy amantes de sus familias, pero extremadamente dados a la bebida. Dominados por ella, pasan a veces días enteros gritando y bailando desenfrenadamente, cual si hubiesen perdido el juicio. Como hijos de esclavos que son, carecen de dignidad, y si sospechan algún peligro, recurren para defenderse a la adulación, la astucia y la mentira. Son serviles en grado sumo, obedeciendo sin quejarse al que manda, y si alguna vez se vuelven contra él, nunca lo hacen en defensa de su hollada libertad, sino por lealtad a otros más antiguos señores, como lo prueban las guerras que han tenido, en todas las cuales han intentado restaurar gobiernos anteriores. Raimondi cuenta la historia de un indio del río de Santa, que para vengarse de un sacerdote dándole muerte, se quitó primero la ropa de *cristiano*, vistiéndose con el traje de los incas.» (*Geografía Universal*, por Eliseo Reclus, tomo V, pág. 464; Madrid, 1907).

«El espíritu enérgico, audaz y astuto de ciento setenta españoles, bastó para vencer y dominar a diez millones de indios.

Tal era la nulidad moral, la debilidad de fuerza colectiva de esa raza. La mitad de los españoles, la cuarta parte habría obtenido el mismo resultado con igual facilidad.» (*El Porvenir de las Razas del Perú*, por Clemente Palma, pág. 14).

«A mí me pareció, al notar la cara y las acciones de los indios que vimos, que aunque ambas razas son menos inteligentes y tienen menos dignidad personal que los indios de Méjico, los aymarás parecían ser más tenaces y menos alegres que los quichuas.» (*La América del Sud*, por James Bryce, pág. 147).

«Los indios mejicanos son por lo general más inteligentes que los peruanos.» (*La América del Sud*, por James Bryce, pág. 368).

«Los indios tímidos e inocentes han sido secuestrados en algunos lugares y obligados a trabajar como esclavos por los rufianes que proveen el caucho a las compañías, miserables de parentesco al parecer español e indio mezclado, los cuales han sido animados por la impunidad que ofrece la distancia del Gobierno central a cometer crueldades horrendas para con sus víctimas desamparadas.» (*La América del Sud*, por James Bryce, pág. 63).

«La capacidad de los indígenas del Perú es limitada; tienen un carácter melancólico, tímido y abatido; son pusilánimes en el momento del peligro, pero feroces y crueles después de la victoria, y altaneros e implacables en el ejercicio del poder. Aborrecen a los blancos, tanto como a los negros y mulatos, y evitan cuanto pueden su sociedad. Son robustos y capaces de resistir el trabajo, pero viven sin previsión en la indolencia y desaseo. Sus habitaciones son chozas mal construídas e incómodas, y sus vestidos son pobres y mezquinos. Todos son aficionados a los licores fuertes.» (*Curso de Geografía*, por E. Gortambert, pág. 934; París, 1873).

«El gusto por el aguardiente es común y, en verdad, está extendido a los dos sexos.» (*Meyers Conversations Lexicon*, tomo XIII, pág. 708).

«En conjunto, la unidad nacional del Perú parece mucho menos sólida que la de las otras repúblicas sudamericanas. La diferencia de clases, mucho más que el origen étnico, separa a los ciudadanos y a la población indígena del campo, como si existiesen dos naciones distintas. Esta falta de cohesión es un gran peligro y era una de las razones que, en el conflicto reciente, aseguraron la victoria de las armas chilenas, más unidas por el sentimiento nacional.» (*Nouvelle Geographie*, par Elisée Reclus, tomo XVIII, pág. 557).

«Aquí en Arequipa empieza uno a realizar que el Perú es aún, principalmente con respecto a la población, una tierra de aborígenes. Es imposible determinar la proporción entre las familias de sangre española completamente pura y toda la población. Probablemente es pequeña, ni siquiera cinco por ciento en todo el país.» (*La América del Sud*, por James Bryce, pág. 56).

«En el Callao la diferencia en hombres me hizo gran atención, pues mientras en Chile es raro ver a un negro, mulato o chino, aquí, en el Callao la mayoría de los habitantes está compuesta de estos últimos.» (*Fünfzehn Jahre in Süd-America*, por Paul Treutler, tomo III, pág. 130).

«En todas partes hay muy poco cuidado para la comodidad y limpieza. Montones de desperdicios son acumulados en las calles, alrededor de los cuales los perros y gallinazos se reúnen en multitud. Los frailes, con el pelo largo y no afeitados se aprietan en las calles. Grupos de flojos y ociosos soldados, compuestos de indios, negros y mulatos—todos vestidos andrajosamente—se pueden ver alrededor de cada sucio y miserable café, mientras sus oficiales, vestidos como papagayos, callejean al lado del muelle u holgazanean en la Aduana. Gallinas y puercos entran y salen de las puertas. Las mujeres rojas que permanecen sentadas todo el día en las puertas de sus casas, al lado de los ricos y deliciosos frutos que tientan a los transeuntes, cuando no están ocupadas con sus clientes regatones,

están demasiado ocupadas persiguiendo a los bichos.» (*Recent Exploring Expeditions to the Pacific, and the South Seas*, por J. S. Jenkins, pág. 92).

«Físicamente el indio aymará y quichua es débil, parece, que cargara sobre sus hombros el peso de un ideal malogrado y que el recuerdo de un pasado esplendor hubiese paralizado su desarrollo físico, sumiendo todas sus carnes en el estupor cataléptico que le enerva.

«Uno de los signos característicos de debilidad es la precocidad de la vida sexual, así como su retardo es signo de vigor. En las razas fuertes del norte de Europa empiézase la vida sexual en una época en la que en América se sienten los primeros esperezamientos del hastío. El indio, a los doce o catorce años, es todo un hombre; y la india, desde antes de esa edad, es una mujercita que se siente capaz de ser madre. Es curioso observar, dice Mantegazza, que esta precocidad, que es como un robo de tiempo a la niñez y a la juventud y como un llamaniento desesperado a la vejez, propio de razas que sienten el peso de una ancianidad que les oprime los riñones, se encuentra en casi todas las razas degeneradas bien por el vicio, bien por la decrepitud; así entre los chinos se observa igual cosa, y se observa en plena vida civilizada y brillante como es la de París. Sin embargo de ser el indio raquítico, tiene una asombrosa resistencia para el trabajo, como la tiene el chino, cuyo raquitismo no se pone en duda.

«El indio es fanático y supersticioso; tímido por naturaleza, cobarde y servil, puede, sin embargo, arrostrar la muerte y hacer actos aparentes de valor temerario, pero sin tener la conciencia clara de lo que emprende; inconscientemente sucumbe en una lucha, ignorando por qué lucha; se entrega atado al fanatismo, no de una idea, porque en su cerebro no es posible la labor activa de una idea, sino de un hombre, de un jefe, y va donde ese hombre, que fácilmente se le ha impuesto, le lleve; hace lo que le ordene, y muere si ve que otros mueren, con la sumisión estúpida del rebaño. Por eso el indio, hábilmente vigilado y explotado, es un soldado espléndido; con su pecho irá, si se le ordena, a cubrir las bocas de los cañones. Pero así como posee un valor colectivo, estúpido, debido a la

debilidad de su carácter y la inactividad de su cerebro, así como muere en una batalla o en una labor sin imaginar por qué muere, con la misma facilidad es capaz de una traición. Después de una batalla, sea después del triunfo o de la derrota, no le queda esa silueta vaga y misteriosa, esa intuición difusa que queda en otros cerebros de ignorantes sobre la significación moral de un hecho, no le queda esa satisfacción profunda o esa tristeza íntima por el éxito favorable o adverso: no, si es vencido, le queda el pesar de un botín perdido; si es victorioso la alegría de una expectativa de embriaguez alcohólica. El indio no tiene inspiraciones; todas ellas se reducen a vivir tranquilo en su comunidad, poseyendo unas cuantas varas de tierra para sembrar papas y coca con qué alimentarse y alimentar a sus mujeres e hijos, una botella de marqueta (alcohol con agua) con qué embriagarse, y nada más; no necesita más. De esta falta de aspiraciones se explica su poca iniciativa, su inactividad mental, que a lo más, en materia de lucubraciones cerebrales, puede llegar a la astucia.

«El indio, como el chino, es refractario al contacto con los hombres que no son de su raza, como si sintiera agitarse en el fondo de su sangre la conciencia de su inferioridad étnica y si se sintiera humillado; ante los otros hombres está como ante un enemigo; concentra las pocas fuerzas mentales que posee para disimular el odio sordo que le tortura y, mientras se humilla, mientras simula el cariño, mientras se arrastra miserablemente, va acumulando en su alma todos los rencores atávicos que le devoran, para buscar esta salida: o huir o destruir.

«Cuando un extranjero o criollo llega fatigado, hambriento, muerto de sed, a la choza de un indio, éste no le dará, por todo el oro del mundo, un rincón para que descanse, un pedazo de carne y un poco de agua: prefiere arrojarlo o darlo a sus animales. El viajero se moriría si no le arrancara por la intimidación lo que premiosamente necesita.

«Jamás intenta el indio asimilarse los elementos de progreso de los hombres superiores; esos elementos no los ve desde el punto de vista de la utilidad que le proporcionarían; los ve como las manifestaciones malditas de una superioridad que ni siquiera envidia, de una superioridad que no comprende, pero

que le hiere, que le ofende, como ofende el sol con su luz cálida y esplendorosa la pupila de ciertas aves nictálopes. Y es que, por una intuición inconsciente comprende el indio que el valor de su raza no sube por el hecho de adaptarse tales o cuales conocimientos, tal o cual forma de vida, porque ni la educación ni el método hacen la menor huella en los caracteres fundamentales de su raza.

«La raza india, no es ni será adaptada a la vida civilizada de las razas indo-europeas, porque es una tendencia ingénita en ella como en todas las inferiores, el aislamiento y la refracción con respecto a los ideales y vida psíquica y hasta material de los extraños. A este respecto dice bien el sabio Le Bon. El abismo de constitución mental que separa a las diversas razas nos explica el por qué los pueblos superiores han fracasado cuando han querido hacer aceptar su civilización a pueblos inferiores. La idea tan general aún, de que la instrucción pueda cambiar el carácter es una ilusión de las más funestas que los teóricos de la razón pura han acariciado. Sin duda que la instrucción permite, gracias a la memoria que poseen seres más inferiores—y que de ningún modo es un privilegio del hombre—dar a un individuo colocado muy abajo, en la escala humana, el conjunto de nociones que posee un europeo. Un hombre de una raza inferior acumulará todos los diplomas posibles sin llegar jamás al nivel de un europeo ordinario. En diez años se le dará fácilmente la instrucción de un inglés aprovechado; pero para hacer un inglés, es decir, un hombre que obre como un inglés en las diversas circunstancias en que esté colocado, apenas bastarían mil años. No es sino en apariencia que un pueblo puede transformar su lengua, su constitución, sus creencias o sus artes. Para operar en realidad tales cambios es preciso cambiar su alma.

«El indio, y esto también es un carácter de las razas inferiores y aun de las superiores degeneradas, tiene la tendencia a lo sutil y a lo pequeño. Parece que la poca actividad mental de los indios se desarrolla especialmente en aquellos trabajos de paciencia en que la inteligencia digiere con facilidad, porque el esfuerzo es lento y aplicado a cosas que, por su pequeñez, requieren un trabajo de análisis sutil. Esta sutileza, este análisis pueril, repito, es como han observado todos los psicólogos,

una fuerza propia de las razas inferiores y de las degeneradas superiores.

«El *cholo letrado*, está inclinado por fatalismo de raza al mal, dicen Acosta y Valdés, saca provecho de todos los vicios que encuentra en su país; en filosofía es dedicado a estudiar los sofismas; en literatura consagra su atención a las metáforas; en legislación se dedica al embrollo; en política es demagogo o logrero; en economía se apasiona por las ideas de Prudhomme; aun de la gramática saca partido, porque no aprendiendo la ortografía de las palabras, puede hallar coyuntura para los recursos de su genial sofistería.

«Un aeducación intelectual y física bien dirigida modificaría mucho los defectos orgánicos de los aymarás y quichuas, pero quedaría siempre el fondo atávico como un sello indeleble de esta raza». (*La Industria en Bolivia*, por Pedro Kramer, estadista boliviano, pág. 74; La Paz, 1899).

«El peruano abusa de la facilidad de expresión; pone al revés y bajo todos sus aspectos una cuestión seria y cuando ha descubierto el lado burlesco no vacila en explotarlo. En cuanto al chileno, pretende ser el inglés de la América del Sur. El sentimiento nacional que lo anima, el instinto mercantil que distingue particularmente al habitante de Valparaíso, su gusto por lo confortable y la rápida adopción de las costumbres británicas.» (*Revue de Deux Mondes*, 1847, vol. I, por M. Max Radiguet).

«Los habitantes de Trujillo son españoles, cholos, blancos, indios, negros, y la raza que es el resultado de la mezcla de todos en número de ocho mil habitantes. Esta ciudad es célebre como el lugar de nacimiento y residencia de algunas mulatas de color muy hermoso, sin las marcas que frecuentemente desfiguran las características de la gente de este color. Trujillo tiene fama por su quijotismo; se dice muchas veces que el cuerpo del noble héroe de La Mancha debía ser sepultado allí. Con frecuencia he visto su retrato en gran tamaño en las casas de mulatos y zambos, quienes por una pequeña equivocación le hacen salir de la raza africana y del color negro, y hablan con tanto respeto como los montañeses, cuando se entretienen

con Don Pelayo, del cual todos pretenden ser descendientes.» (*Voyage dans l'Amérique du Sud*, par Sétier, tomo II, pág. 165; París, 1828).

«El 17 de Septiembre salimos a costear y el 20 de Marzo anclamos cerca de Paita, villa de la que hace mención Anson en sus viajes. Tan luego como dimos fondo vino a bordo el capitán del puerto acompañado de su intérprete, mas éste completamente ebrio no pudo articular una palabra en ningún idioma.» (*Nuevo Viajero Universal*, pág. 207).

«Los habitantes de Paita, completamente embrutecidos no tienen aun la conciencia de su miseria; ellos viven exclusivamente de pescado y pasan el día durmiendo delante de sus puertas, estirando estúpidamente sus caras pálidas y enflaquecidas. Las mujeres con su pelo largo suelto sobre sus espaldas, sus ojos grandes y negros y su vestido ligero y blanco, parecen fantasmas.» (*Promenade a travers l'Amérique du Sud*, por el Conde de Gabriac, pág. 157).

«El indio (del Marañón) es en el fondo ingrato. Imposible para educarlo; todo esfuerzo es inútil. Tomen un niño de esta nación, guárdenlo entre ustedes, edúquenlo, o por lo menos prueben de hacerlo, hagan todo lo posible y trátenlo como su propio hijo, tan pronto como tenga quince o diez y seis años desaparecerá sin decir adiós! No solamente es indolente, sino también inerte; nada le importa, nada le interesa. Callado, embustero, tímido, estúpido, medio desnudo: esto es el indio. Por otra parte, en América, la superioridad del negro sobre el cholo es comprobada. Cuando un negro llega a una aldea del interior, él habla como el amo y no tarda en dominar a los que le rodean.» (*Promenade a travers l'Amérique du Sud*, por el Conde de Gabriac, pág. 216).

«Saliendo de Moyabamba el camino principia a ser tan malo que es imposible viajar en mula. Cuando uno quiere dirigirse hacia el Amazonas, tiene que caminar a pie y transportar su equipaje sobre las espaldas del indio. Por consecuencia, hay un cierto número de hombres que sirven como animales de

carga y se dice «un buen indio» como se diría una buena mula. Sus servicios no se pueden obtener siempre fácilmente, porque ellos pueden ganar dinero sin salir de su lugar de habitación, con el comercio de sombreros de paja, y no tienen necesidad de nada.

«En verdad, alguna vez se deciden pero tienen que ser pagados adelantado y manejados bien, de otra manera le dejan en la mitad del bosque y es imposible tomarlos.

«Tal es su gran medio de defensa. Tímidos e hipócritas y uno nunca puede contar con ellos.» (*Promenade a travers l'Amérique du Sud*, por el Conde de Gabriac, pág. 238).

«Durante mi permanencia en Corongos el pueblo más desagradable que he visto, me fuí a comprar un poco de tabaco; el vendedor dormía y yo lo desperté, lo que le sulfuró y levántandose de su silla me pegó. Yo salí a la calle corriendo y el hombre me persiguió lanzándome blasfemias y amenazándome.

«Algún tiempo después el cura me contó algunas anécdotas relacionadas con sus parroquianos. He aquí una: El día de la fiesta de San Pedro que es el patrón de la población, traen en procesión una estatua de tamaño natural, a través de las calles principales. Cuando están en el camino para volver a la iglesia y se encuentran cerca de la plaza, los habitantes de todas las clases se ponen en dos filas, teniendo bajo sus pies numerosas piedras y muchas veces tras de sí, las mujeres y niños. Los que traen la estatua corren hacia la iglesia, pero en el momento en que el santo entra a la plaza, es apedreado por los dos lados y es perseguido hasta la puerta de la iglesia. Si el Santo entra allá con la cabeza sobre las espaldas, esto es un presagio de mal agüero: escasez de cosecha, muerte de ganado y otras calamidades; pero si sucede a la inversa, lo que es muy natural, esto es presagio favorable, y si le hacen salir de su mano los peces que tiene, se dice que el año será también feliz y abundante en toda clase de productos. Después de la decapitación de San Pedro, ocurre una disputa entre los habitantes de dos barrios de la población, en la cual muchos salen heridos y a dos o tres les cuesta la vida. Los vencedores toman la cabeza en triunfo, la ponen, como si fuera de un malhechor, sobre un palo largo, pretendiendo que vuelva toda la felicidad

a su barrio, mientras que la otra mitad de la población no goce de ningún bien. El cura me dijo que su predecesor había intentado poner fin a esta práctica irreligiosa, y había escrito a Lima al escultor no terminar la nueva cabeza de San Pedro, con la esperanza que si el año pasaba sin que se cometiera una impiedad parecida, los habitantes renunciarían ponerla otra vez en práctica. Pero con gran sorpresa, el 30 de Junio, los indios le avisaron que la procesión tendría lugar en la tarde, y que habían vestido una estatua de la Virgen con los trajes de San Pedro; que se parecía mucho al Santo, pero era más joven y no tenía la barba. En verdad la procesión se efectuó pero a disgusto de los habitantes la estatua entró a la iglesia con su cabeza sobre los hombros, y, después de esto, tenía el nombre de Nuestra Señora de Milagros.» (*Voyage dans l'Amérique du Sud*, por Sétier, tomo II, pág. 105).

«En el Perú para obtener algo de los cholos, es necesario, tanto como sea posible, parecerse a un militar.

«Cada una de sus pequeñas aldeas (de los cholos) está bajo la jurisdicción de un alcalde nombrado por el Presidente de la República; pero este hombre, en general es tan grosero como sus subordinados y no tiene casi ninguna autoridad.» (*Promenade a travers l'Amérique du Sud*, por el Conde de Gabriac, págs. 186 y 203).

«Los conibos son de pequeña estatura, de color muy tostado; gordas son las formas del cuerpo, casi mujeriles, las facciones son proporcionadas y tienen las narices menos aplastadas que los demás infieles. En el sexo femenino abundan las caras feas y la deformidad en las proporciones del cuerpo». (*Viaje por los Ríos Huillcamayo y parte del Ucayali, ejecutado de orden del gobierno del Perú*, por el capitán de Fragata D. Francisco Carrasco).

«Conibos, Piros, etc., son más audaces y más fuertes, aún menos numerosos, y hacen excursiones por el territorio de los Campas, exterminándolos como una peste, y llevándose a las mujeres y niños en esclavitud. Estos piratas de la Montaña trabajan muchas veces por cuenta de bandidos civilizados que

buscan la fortuna en el vergonzoso tráfico de la carne humana». (*Une Excursion dans le pays des Campas*, por M. Oliver Ordinaire; *Le Tour du Monde*, 1887, tomo I, pág. 336).

«Son los piros de estatura poco más que mediana, bien formados y la mayor parte tienen proporcionadas las facciones; pero no así las mujeres. Cuando se muere un piro, lo entierran en su propia casa, con todo lo que le pertenecía; y su familia tiene que fabricar otra inmediata en la que se constituyen.»

«La estatura de los antis o tarupas es mediana por lo general; su color bronceado; tienen frente pequeña, la nariz corta y roma, los ojos negros y sin vivacidad, labios abultados, y las manos y pies pequeños; son imberbes, pues los pocos pelos que les salen, se los sacan de raíz, con las conchas, que para este intento le sirven de tenazas; tienen una fisonomía agradable, cuando no se pintan el rostro; las mujeres son feas por lo común. De todos los infieles que habitan las riberas del Huillcamayo y Ucayali, en esta parte, es donde las mujeres se presentan más honestas, por su ropaje.

«Son por caracter melancólicos, poco francos, interesados; y más que todos dominados por el ocio, pues exclusivamente las mujeres, son las que se dedican al cultivo de las tierras. Necesario es que un tampa esté acosado por el hambre, para que salga en busca de provisiones, de lo contrario jamás se ocupa de procurárselas.

«Está en práctica entre todos los infieles, la poligamia; sosteniendo cada uno, cuantas mujeres pueda, las que regularmente adquieren de sus padres y parientes, dándoles en cambio hachas, cuchillos y otras quincallas». (*Viaje por los Ríos Huillcamayo y parte del Ucayali*, ejecutado de orden del Gobierno del Perú, por el Capitán de Fragata, D. Francisco Carrasco).

«Los antis de Paucartambo, cuyos antepasados fueron bautizados, en general tienen una sola mujer cada uno; esto es según la información de mi intérprete Intschoquiri; pero el mismo me ha dicho, y M. Samanés ha observado, que, entre algunas tribus, son polígamos. Entre estos indios existe la costumbre de aumentar el número de sus mujeres a medida que entra

en edad. Si en su juventud se contentan con una sola esposa, después de haber pasado cuarenta años muchas veces tienen cuatro. Y, mientras los jóvenes salvajes son celosos, es de notar, al contrario de lo que pasa en los pueblos civilizados, que los viejos miran a sus mujeres con una indiferencia filosófica». (*Une Excursion dans le pays des Campas*, por M. Oliver Ordinaire, Paris, 1887).

«Con el fin de evitar los excesos del otro género, los padres tienen la costumbre exhortar a los jóvenes casarse tan pronto que son capaces de trabajar, subvenir a la necesidad de una familia, quiere decir, cuando ya saben hacer un derribo (tala) en el bosque, para plantar o sembrar arroz y bananos. Los gastos de la ceremonia no son grandes; consisten en una media docena de gallinas. Me aseguraron que entre los lecos, el pedido para casamiento venía siempre de los padres de la muchacha y no de su amante o padres de él». (*Voyage dans le Nord de la Bolivie*, por H. A. Weddell, pág. 455).

«Un inglés, que vivió algunos años en la región de Ucayali, me dijo que la poligamia se practica allá.

«El dueño de una hacienda deslindante con un bosque, me contó que las costumbres matrimoniales se realizan tan temprano, que muchas veces los esposos no recuerdan el tiempo de su casamiento. Un ejemplo que llamó su atención fué una niña de nueve años, casada con un muchacho de once. Cuando la joven tenía once años ya era madre. El caballero había verificado este hecho y no hay duda de la exacta edad de los esposos». (*Panama to Patagonia*, por Charles M. Pepper, pág. 155; Chicago, 1906).

«Las acechanzas contra M. Samanés, durante su viaje, fueron preparadas, no por los antis, sino por indios que son considerados como civilizados en los distritos de Chungo, Aneco e Iquicha, que separan la sierra de Ayacucho de la Montaña salvaje. Estos indios, que hablan el español o por lo menos el quichua, y se dicen cristianos, parecen que tienen por principio asesinar a cualquiera persona que se aventura a entrar en su

territorio». (*Une Excursion dans le pays des Campas*, por M. Oliver Ordinaire; Paris, 1887).

«Los habitantes de Chasuta son unos semi-salvajes, muy diestros en la navegación del río Huallaga, cuyo río presenta un gran número de malos pasos, que sólo estos indios, acostumbrados desde su infancia a luchar con esta clase de obstáculos, pueden salvar con felicidad.

«Desgraciadamente los chasutinos se han entregado de tal modo a la bebida, que es muy difícil hallar en el mismo día los indios necesarios para manejar la canoa; y es preciso que el viajero espere en la población, para darles tiempo, al menos, de alistar su provisión de masato (una bebida alcohólica) sin la cual no emprenden ningún viaje». (*El Perú*, por Antonio Raimondi, tomo I, pág. 396).

«La situación del obrero indio (de Cuzco) es muy curiosa; sin necesidad como sin aspiración, si gana 20 centavos por día, 10 son aplicados al alimento y los otros 10 van desgraciadamente a la bodega. Si su salario aumenta, la misma cantidad se gasta en comida y la diferencia se invierte siempre en la funesta bebida». (*Rapports presentés au Ministère de l'Agriculture et des Travaux Publics du Pérou*, pág. 168; Lima 1902).

«Los indios de San José de Parinari viven generalmente en grupos alrededor de un blanco que le da trabajo y el alimento. Los bautizan a precio de una gallina o dos gallos. Recuerdan datos de las fiestas, especialmente para tomar. La bebida es el motivo que los obliga a moverse. Su canto es de improvisación, su música es la eterna melopea llorona de los indios». (*Amazone et Cordillères*, por M. Charles Wiener).

«Los cholos (de Chachapoyas) encontrándose cerca de la costa, pueden fácilmente obtener todo lo que necesitan. Traen la rauna, hablan un poco español, son cristianos, o por lo menos se creen así, y pasan por civilizados. En realidad, no necesitando para hacerse lo que es necesario, han quedado incapaces a hacerlo. Flojos, sucios y completamente embrutecidos, no saben hacer nada y no son buenos para nada. Estos son verda-

deras bestias brutales y merecen el nombre de salvajes». (*Promenade a travers l'Amérique du Sud*, por el Conde de Gabriac, pág. 221).

«Los hombres de la provincia Guanaco son tan debilitados e indolentes que son proverbiales en todo el Perú, como pobres, flojos y negligentes». (*Narrative of a Journey*, by Robert Proctor, Esq., pág. 326).

«Los habitantes de Tipuani, en general, son cholos, mulatos o negros, que son empleados en las minas y cuyos vicios y glotonería sobrepasan toda descripción. La beodez que practican basta para hacerlos capaces de cualquier crimen, pero el bajo nivel de su moralidad es tal que no necesitan la bebida para cometer los crímenes más horribles». (*Travels in Bolivia*, by L. Hugh de Bonelli, of Her Britanic Majesty's Legation, tomo I, pág. 267).

«La gente del Perú oriental es tan miserable cuanto uno puede imaginar.» (*Amazone et Cordillères*, por Charles Wiener).

«Una de las tribus que ha guardado la costumbre de la antropofagía es la de los cachibos cuyo nombre vale tanto como vampiro. En 1865 se comieron a dos oficiales peruanos y a los soldados que los escoltaban. Cuando a uno de estos indios se les muere el padre o la madre, asan el cadáver y se lo comen o lo ahuman, haciéndole cecina para comerlo en ocasión en que les sea más necesario. No siempre aguardan a que la muerte les sazone este bocado, porque los mismos viejos, cansados de vivir sin trabajar, suelen pedir a los hijos que los maten, y ellos les complacen como quien cumple un deber filial. Dan muerte a las mujeres estériles y a los adultos que por cualquier circunstancia carecen de medios para atender a su subsistencia; pero no comen carne de mujer, considerándola venenosa. Cuentan de ellos que si al morir creen que no han de ser devorados, lloran amargamente, lamentándose de que sus amigos y parientes no les hagan la honra de darles sepultura en sus estómagos, dejándolos para pasto de los gusanos; y a esto añaden otros autores que en las grandes fiestas se ha visto a muchos mance-

bos ofrecerse a la tribu para figurar como viandas en el banquete, y eran tantos los ofrecidos, que había que elegir entre ellos. También ha sucedido, según cuentan los peruanos, que llevados de su amor a la carne humana, han llegado los cachibos a considerar al hombre únicamente como comestible y pieza de caza, y en retorno los blancos y mestizos los cazan a ellos y a otros indios como bestias feroces, matándolos sin escrúpulo alguno, para lo que creen tener razón bastante por unas y otras cosas que de ellos se refieren. Así, cuando salen a *montería* de hombres, matan a cuantos encuentran, sin mirar mucho si son o no son cachibos, porque a todos los tienen por antropófagos. A los muchachos que cogen redúcenlos a la esclavitud, en cuyo estado son muy apreciados por obedientes: cierto es que no pueden hacer otra cosa, porque si diesen la menor muestra de resistir o volverse contra sus amos, al punto los matarían; tan grande es el odio que les tienen. Cuéntanse en estas comarcas horribles historias de asesinatos y matanzas. Los indios piros, conibos, sipibos, setibos y otros de las orillas del Uyacali, tenían desde tiempo inmemorial la costumbre de subir por las cuencas de los afluentes en busca de mujeres que cautivar; pero no hacían estas correrías por su cuenta, sino por las de los blancos que les enviaban en busca de ellas y de niños para trabajar en las haciendas. Hombres no querían, porque preferían morir a ser esclavos, y no los aprovechaban para nada, por cuya razón los cazadores los mataban a todos, quemaban las cabañas y se llevaban lo aprovechable de la caza humana». (*Geografía Universal*, por Eliseo Reclus, tomo V, pág. 475).

«Hay una recrudescencia en vicios que rompe el equilibrio (con las virtudes); que mina con mayor intensidad la salud física y moral de las razas que mutuamente se empujan a la degeneración. Y esto es lo que ha sucedido en el Perú; los vicios fueron casi los mismos en todas las razas que contribuyeron a la formación de nuestra vida actual, y las virtudes que cada raza trajo quedaron opacadas por los defectos, aniquiladas por la creciente acción de los malos elementos.

«No teniendo el indio a su padre el Inca que vigilaba su vida y la metodizaba, siguió embruteciéndose en la inactividad,

en la vida sedentaria de sus serranías, y fué afianzándose más la labor degenerativa de su sangre con la depresión moral en que se encontró y con los vicios que adquirió del español. Añádese a esto la acción de la coca de la que hace el indio tanto consumo (1). Aún aquella porción que vivió en contacto con los españoles nada se asimiló, más que el hábito de beber alcohol.

«En resumen, la raza india es una rama degenerada y vieja del tronco étnico del que surgieron todas las razas inferiores. Tiene todos los caracteres de la decrepitud y la inepcia para la vida civilizada. Sin carácter, todavía de una vida mental casi nula, apática, sin aspiraciones, es inadaptable a la educación, lo que podría trasformar, ya que no los caracteres esenciales de raza, siquiera los secundarios. El progreso de las naciones, más que la inteligencia, lo hace el caracter, y a este respecto el abismo que separa a la raza india de las razas perfectibles es enorme.

«Con estos elementos de sociabilidad, veamos, señores, cuál es el porvenir posible de nuestras razas, cuál el porvenir del Perú como nación. Desde luego creo que la experiencia de varios siglos ha demostrado todo lo que puede esperarse de la raza india; raza embrutecida por la decrepitud, es por su innata condición inferior y por los vicios de embriaguez y de lujuria, un factor inútil, no solo para la vida civilizada moderna, sino hasta para el caso de una reconstitución del imperio de los Incas. Hoy Manco sería impotente para hacer de esa raza un cuerpo compacto. Los elementos inútiles deben desaparecer, y desaparecen. A medida que la civilización vaya internándose en la sierra y las montañas, el elemento indígena puro irá desapareciendo, como sucede en los Estados Unidos con los pieles rojas. El empuje lento de la civilización irá exterminando, poco a poco, esta raza infeliz, inepta e incapaz del desarrollo de mentalidad y voluntad propios de las verdaderas naciones. Habría un medio para ayudar la acción evolutiva de las razas: el medio empleado por los Estados Unidos; pero ese medio es

---

(1) «En Rusia se intentó el uso de la coca en el ejército; pero al cabo de cierto tiempo comenzaron los soldados a dar pruebas muy marcadas de embrutecimiento. Está probado que la coca, como todo excitante, es un veneno lento de la inteligencia.»

cruel, justificable en nombre del progreso, pero censurable en nombre de la filantropía y del respeto a la tradición, algo arraigados ambos en el espíritu peruano: **ese medio es la exterminación a cañonazos de esa raza inútil, de ese desecho de raza»** (1). (*El Porvenir de las Razas en el Perú,* por Clemente Palma, pág. 35).

«Hay en el Perú dos naciones, puede decirse, que sólo tienen de común el vivir en el mismo territorio y estar sometidas a las mismas leyes. La una está formada por los quichuas, aymarás y varios otros restos de los antiguos súbditos de Atahualpa; la otra por los descendientes de los conquistadores y los nativos o aborígenes identificados con ellos por el cruzamiento de las razas y algunos intereses. Los primeros conservan sus idiomas y la mayor parte no entiende el castellano. Los segundos lo hablan y no entienden una palabra del quichua ni del aymará. Los primeros han sido explotados y los segundos los explotadores. Los unos están sumidos en la más completa ignorancia y la mayor parte viven en la miseria. Los otros son los que han gozado de los beneficios de la civilización, los que heredaron el poder y lo han usufructuado desde la independencia que para aquellos no ha significado más que cambio de amos con la circunstancia reagravante de hacer pesar sobre ellos exclusivamente el servicio militar desde el grado de sargento para abajo.

«Además de estas diferencias y estos motivos de separación, la naturaleza misma parece haber colocado entre ambas una línea divisoria en las diversas regiones del inmenso territorio». (*Un Viaje por Fuerza a Sud-América y Europa,* por Carlos Selva, tomo I, pág. 87).

«La unidad de la nación peruana no parece tan fuerte como la de otras naciones de la América Meridional, pues la diferencia de clases, y no la de raza, separa de tal modo a los habitantes de las ciudades de los del campo, que más parecen dos na-

(1) *Creo que con esto ya está solucionada la cuestión de Tacna y Arica, pues el mismo peruano que propaga la exterminación de sus compatriotas indios, obtuvo, por eso el grado de bachiller en la Universidad de Lima y en el mismo mes el título de doctor, mientras su gobierno y propagandistas quieren que la indiada debe tener el único derecho en el plebiscito de la provincia de Tacna!*

ciones diversas que dos partes de una misma. Esta falta de unidad es muy peligrosa, y en parte se debió a ello la facilidad con que los chilenos vencieron a los peruanos en la pasada guerra». (*Geografía Universal,* por Eliseo Reclus, tomo V, pág. 481).

«En el Perú no hay patriotismo. Cada uno es cada uno y muy pocos son los que piensan en su patria y menos aún los que la aman». (*Un Viaje por Fuerza a Sud-América y Europa,* por Carlos Selva, tomo I, pág. 173).

«Los reclutas no querían presentarse voluntariamente, sino tenían que ser obligados por los soldados. Debido a esto se fugaron a las inaccesibles montañas, lo que obligó al gobierno servirse de astucia. Así se declaró que en el lugar tal y tal la Virgen Santísima sudaba la sangre, y de cerca como de lejos vino una enorme multitud de gente, para ver ese milagro. Pero esto sirvió como una trampa, donde cogieron a los jóvenes y los mandaron a los cuarteles como defensores de la patria». (*Fünzehen Jahre in Süd-America,* por Paul Treutler, tomo III, pág. 140).

«En vísperas de mi partida de Chachapoyas fuí testigo de una escena muy desagradable.

«Como a las once de la mañana vi en la plaza de Belén un convoy de indios con las manos sólidamente anudadas por una fuerte cuerda. Estos individuos fueron escoltados por algunos soldados y dos oficiales. Pregunté qué significaba este espectáculo. Me respondieron que eran voluntarios en viaje para Cajamarca, donde serían incorporados en el Ejército del almirante Montero.

«Leí el telegrama oficial del sub-prefecto de Moyobamba al prefecto, en Chachapoyas, acompañando este convoy y pidiéndole escoltar estos hombres a la prefectura próxima. Encontré en el mismo esta frase:

»Los reclutas salen llenos de entusiasmo y creo que llegarán con buena salud a la capital del departamento de Amazonas. Ruego a Vuestra Señoría, después de haber verificado el número de los voluntarios, se sirva devolverme por el capitan Chávez, que comanda el convoy, todas las cuerdas con que tenía

que acomodarlos». (*Amazone et Cordillères*, por M. Charles Wiener).

«Los semi-descendientes de aymarás e Incas de los cuales los oficiales y soldados de los ejércitos peruanos y bolivianos eran formados, no podían dar resistencia al viril roto chileno, en cuyas venas corre la ardiente sangre de los vascos, mezclada con la viva y guerrera sangre de los primitivos habitantes de Chile». (*Through South America*, por Hardy Weston Van Dyke, pág. 292).

«En el Perú cada hombre que se respeta es un general; de esta manera hay tantos generales como doctores en el Brasil y la Nueva Granada. Refiriéndose a los coroneles, los hay tantos que se podían hacer algunos escuadrones. También no es raro encontrar un zapatero que le toma la medida en uniforme de general, y nos contaron que un oficial superior había dado su dimisión para poder ser sirviente, encontrando este nuevo lugar más lucrativo». (*Promenade à travers l'Amérique du Sud*, por el Conde de Gabriac, pág. 144; Paris, 1868).

«Como una característica de la vida social y política del país me contaron que un sastre tenía bajo su mando a muchos tenientes, capitanes y mayores. Estos son fantasmas de revoluciones continuas, en las cuales el primer concurrente es llamado oficial, en caso de que no sea un verdadero «indio bruto». (*Reisen durch Süd-America*, por Johann Jakob von Tschudi, tomo V, pág. 180).

«Qué moralidad y virtud existe en el ejército peruano, se puede ver en el hecho que relata Mr. Samuel Haigh, en su libro *Buenos Ayres, Chile, and Perú* pág. 385.

En la aduana de Arequipa un oficial tenía algunos bultos y para no pagar el derecho, ofreció 6 pesos a un soldado negro que servía de centinela para que le entregase sus encomiendas. El soldado aceptó; pero, como el hecho fué descubierto, el oficial y el soldado fueron entregados a la corte marcial, la que los condenó a muerte. Temiéndola el capitán se acobardó tanto que perdió todas las fuerzas y tuvieron que trasportarlo al lugar

de la ejecución. Allí, aún con los ojos vendados, no podía estar de pie. El negro no permitió que se le vendaran los ojos y dijo: «Lamento solamente el estar obligado a morir en compañía de este villano y cobarde que trajo esta desgracia sobre mí».

Uno tiene que ver el libro de «M. Max. Radiguet «*Souvenir de L' Amérique Latine*», pág. 129, para formarse una idea más triste del soldado peruano.

Yo ví una vez en Lima una parada militar. Los soldados no tenían uniforme, sino que iban con su ropa harapienta y en vez de llevar fusiles, llevaban palos. Pensé que tal vez esto era debido a la pobreza de los fondos nacionales distribuídos entre los aventureros políticos, o porque el gobierno temía darles fusiles para que no le tirasen contra él, o por miedo de que les salgan los tiros por la culata.

«Desde la liberación de España, la historia del Perú ofrece un cuadro de continua anarquía y numerosas sublevaciones de los oficiales ambiciosos. La revoluciones eran cortas y en su mayoría sanguinarias, en todas las provincias, año en año, que causaron devastaciones, miseria y la despoblación como ningún país de Sud-América la había experimentado, con excepción de Bolivia». (*Meyers Konversations Lexicon*, tomo 13, pág. 711).

«Nada extraño es, que los extranjeros nos juzguen con ligereza y que culpen al pueblo de los actos de barbarie y de los absurdos que se ejecutan en su nombre, cuando los mismos escritores de nuestro país hacen creer que el pueblo está en el perfecto uso de su libertad.

«Hemos visto con pesar en periódicos peruanos, que enrostrándosenos la conducta de Melgarejo se dice: «El pueblo que tales iniquidades consiente es abyecto y muy digno de besar las cadenas que le oprimen». Este juicio además de ser cruel, es ligero y revela falta de conocimiento del propio país de quienes lo emiten y en el que suceden iguales atrocidades.» (*Apuntes sobre el estado industrial y económico de Bolivia*, por Avelino Aramayo, pág. 26).

«Exceptuando la Independencia y el 2 de Mayo, en el Perú no se virtió una sola gota de sangre por una idea ni se hizo revolución alguna por un principio; las causas fueron partidos; los partidos, luchas subterráneas de ambiciones personales». El Señor González Prada, peruano. (*Un viaje por Fuerza a Sud-América y Europa,* por Carlos Selva, tomo I, pág. 152).

Ricardo Cappa, publicó en Lima, 1887, una obra titulada: «*Historia del Perú. Las guerras civiles y la anarquía*».

Y en realidad la anarquía y las guerras contra sus libertadores forman la historia del Perú.

LAS PREGUNTAS DEL PÚBLICO DIRIGIDAS AL CONFERENCISTA Y LAS CONTESTACIONES RESPECTIVAS.

1.ª) *¿Cuál es el origen científico de la superioridad de la raza chilena sobre la peruana?*

—Hay varias causas; pero la principal es que la raza indígena de Chile, según todos los testimonios, ha sido superior a otras razas de la América, y se cruzó con una de las mejores razas de Europa—la de los vascos, y en último tiempo con otras razas también superiores. En el Perú ha pasado lo contrario. El indio de los Incas, ya era degenerado cuando vinieron los españoles y así se explica la conquista del Perú de la noche a la mañana. Como el Perú en ese tiempo era muy poblado, la sangre española casi se perdió y por consiguiente los peruanos heredaron solamente los vicios de los conquistadores. En el tiempo moderno los negros y chinos ayudaron mucho a la degeneración. En una palabra la raza chilena es superior porque es el fruto de razas superiores.

2.ª) *¿Por qué los peruanos huían delante de los chilenos?*

—El ejército peruano estaba compuesto de los indios que carecían de valentía y de toda noción de sentimientos patrios. Además eran mandados por los hombres a quienes le faltaba la educación militar y más bien se sentían aptos para la vida

de salón y diplomacia y no para el campo de batalla. El escritor francés,Charles Wiener, se ríe de ellos diciendo que en Huánuco los oficiales peruanos se habían fugado, antes de ver a los chilenos. ¿Y cómo? pues olvidando a sus soldados en las barracas!

El general Prado que se fugó primero, explicó al redactor del *New York Herald*, que el había preparado los planes para una batalla estratégica, pero «los bárbaros» chilenos le sorprendieron haciendo el ataque un día antes.

3.ª) *¿Por qué el Limeño es degenerado?*

1.º Porque es producto de las razas más viciosas que existen en el mundo.

2.º Porque ha sido criado, alimentado y educado en medio del abandono de sus padres por criadas y sirvientas a quienes las madres lo confían para vivir ellas preocupadas de halagar y servir de fuente de tentación a los mirones.

3.º También el clima, alcohol y plantas venenosas como los derivados de la coca tienden poderosamente a aumentar la degeneración de estos individuos. Hay que incluir también las enfermedades sexuales, que son la herencia en la sangre de los limeños, siendo Lima, desde su fundación, la ciudad más inmoral del globo (1).

(1) En el segundo número voy a demostrar esto por numerosas experiencias y afirmaciones de los escritores extranjeros.



UNA INVITACION

«Santiago, 17 de Diciembre de 1918.

Al señor director de EL MERCURIO.—Ciudad.

MUY SEÑOR MÍO:

Teniendo un buen conocimiento del problema chileno-peruano y deseando que triunfe lo que es justo, me propongo dar aquí una conferencia sobre *mis experiencias en el Perú* y la cuestión de Tacna y Arica.

Al mismo tiempo hago saber que estoy dispuesto a aceptar la invitación de cualquier peruano competente, o amigo de la causa peruana, para una conferencia de controversia, en una ciudad neutral y en el idioma que quiera el adversario.

Ud. sabe que mi obra era siempre sin interés material, y para convencer a todos, invito a los lectores declarar si he jamás tomado un centavo de las conferencias que he organizado, sea en Chile o en el extranjero.

Para no dar lugar a las malas interpretaciones de mis enemigos personales, declaro que daré la conferencia como una persona particular, como siempre he hecho y declarado en mis folletos en pro de la causa aliada.

Me firmo simplemente así como está en los libros oficiales de la guerra.

S. Atto y S. S.».

T. Dimitrijevich,



A CHILE

Chile libre solo ansía
La santa paz que redime,
No la guerra que deprime
La más fecunda energía.

Su machete no es signo de guerra:
Es emblema de paz y de amor;
Pero contra un mal vecino
A pelear volverá con honor.

Por sobre la cordillera de los Andes
Por sobre las ondas del mar,
Y entre rayos de vívida luz,
Los chilenos están listos a luchar
Donde suena el cañón y el obús.

Símbolo de honor y gloria
Es su bandera querida,
Que supo dar nombre y vida
A un período de la historia;
Ella es emblema sagrado
De redención y progreso;
Ella es el sol inmaculado
Que lanza rayos de amor:
Y en su forma tricolor
Ostenta con bizarría
Esta hermosa trilogía:
Libertad, Patria y Honor.

Por eso, si ahora la guerra
Se levanta fratricida,
Chile surge lleno de vida
En defensa de su tierra;
Tarapacá, Tacna y Arica,

Su bandera amor encierra,
Paz, justicia y equidad,
Cultura y fraternidad.

Y no podrá la intriga
De un vecino insolente
Jamás abatir la frente
De esta heroica nación.

T. DIMITRIJEVICH.

(Imitación de Modesto Cordero)